

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

CUARTO TRIMESTRE DE 1951

SUMARIO:

ERNESTO MONTENEGRO: *RESPONSO POR BABEL* ¶ GONZALEZ VERA: *SOBRE MANUEL ROJAS* ¶ MANUEL ROJAS: *PAGINAS EXCLUIDAS DE HIJO DE LADRON* ¶ LABRADOR RUIZ: *ARTE Y OFICIO* ¶ RAMON J. SENDER: *EL CREPUSCULO* ¶ LEOPOLDO HURTADO: *DEFENSA DEL HOMBRE* ¶ E. MARTINEZ ESTRADA: *LOS POEMAS SOLARIEGOS* ¶ LUIS FRANCO: *LA PIEDAD Y LA LUCHA EN HORACIO QUIROGA* ¶ MARIO ALBANO: *MEMORIA* ¶ ENRIQUE ESPINOZA: *DANIEL DE LEON.*

SANTIAGO 60 DE CHILE

COCOA VITALMIN

Un producto nuevo
para una
mejor alimentación

•
Sano. Agradable.
Nutritivo.

•
Para niños y adultos

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA L'ATELIER

*Huérfanos 714,
Galería Teatro L'Atelier*

SELECCION DE LIBROS
ITALIANOS Y FRANCESES
REVISTAS — SUSCRIPCIONES

LIBRERIA DE OCCIDENTE

*Alameda B. O'Higgins 1313
Teléfono 69649*

Casilla 13324

LITERATURA GENERAL

LIBRERIA CULTURA

Huérfanos 1179

Teléfono 88830

Casilla 4130

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex Librería Ercilla)

*Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 4655*

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

*Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126*

LIBRERIA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

*Estado 36 Tel. 80504
Casilla 43 D.*

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS
Y EN LENGUA ESPAÑOLA. TODAS
LAS NOVEDADES

CHILEAN-BRITISH BOOK CENTRE

*Agustinas 715 - Local 112
Tel. 38825*

ARTE, CIENCIAS, LITERATURA,
TEXTOS DE ENSEÑANZA.
PUBLICADOS EN INGLATERRA

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA UNIVERSITARIA

*Alameda B. O'Higgins 1058
Teléfono 82453*

OBRAS DE ARTE, CIENCIA,
FILOSOFÍA Y LITERATURA

Colaboradores

ERNESTO MONTENEGRO.—Es autor de *Mi tío Ventura y Puritania*. La Editorial Cruz del Sur acaba de publicar su primera colección de ensayos aparecidos en BABEL bajo el título de *De descubierta*. Otra colección más voluminosa se propone hacer la Editorial Peuser en su Biblioteca de Cultura Americana.

GONZÁLEZ VERA.—Premio Nacional de literatura de 1950. Al éxito de *Vidas mínimas* (tercera edición) y *Alhué* (cuarta edición) se ha unido el de *Cuando era muchacho*, aparecido en nuestras páginas lo mismo que su ensayo sobre los conferenciantes que también será recogido pronto en volumen.

MANUEL ROJAS.—Su novela *Hijo de ladrón* se agotó en menos de tres meses y actualmente está en prensa una segunda edición. Se anuncian traducciones al portugués, italiano e inglés. Nascimento prepara también una reedición de su novela anterior, *Lanchas en la bahía*.

LEOPOLDO HURTADO.—Antiguo colaborador de BABEL, fué huésped de la Universidad de Chile a mediados del presente año y es posible que vuelva a Santiago a principios del próximo, después de publicar en Buenos Aires una *Historia de la música*.

RAMÓN J. SENDER.—Desde Albuquerque, New Mexico, donde actualmente reside, este famoso novelista español nos ha hecho llegar el cuento que insertamos en este número. Próximamente publicará por intermedio de Nascimento su novela última: *El verdugo afable*, que acaba de aparecer en Londres y Nueva York.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.—El autor de *Radiografía de la Pampa*, de *La cabeza de Goliath* y de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* acaba de publicar en México: *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. Ha colaborado en BABEL desde su primera época.

LABRADOR RUIZ.—Después del premio nacional de novela obtuvo este año un premio de 1.500 dólares por su artículo sobre Buenos Aires aparecido en la revista "Bohemia" de La Habana. Ha publicado *Carne de quimera* y *La sangre hambrienta*, además de *Trailer de sueños* y otros libros. Fué nuestro huésped en 1951.

MARIO ALBANO.—Joven poeta argentino de la nueva generación. Ha publicado dos libros de versos y colabora en "Sur" de Buenos Aires y "Estudios" de La Habana.

LUIS FRANCO.—Este poeta argentino colabora en BABEL desde su fundación. Véase en nuestro número 43: "Horacio Quiroga, poeta de la naturaleza y del amor" y en el número 49: "Otra faz de Horacio Quiroga", pertenecientes al mismo trabajo acerca del autor de *Los desterrados*.

EDICIONES DE LA REVISTA Babel

Colección del Olivar

C O P L A S de *Jorge Manrique*. Segunda edición, copiada a mano por Mauricio Amster, en nuevo formato de 11 x 17 cm. impresa en papel Ingres italiano, encartonada y con lomo de pergamino rotulado a mano a dos colores. Se hicieron solamente 300 ejemplares. \$ 200.

E L L I C E N C I A D O V I D R I E R A de *Cervantes*. Edición facsímil de la impresión primitiva hecha con motivo del cuarto centenario del nacimiento del autor. 230 ejemplares numerados, formato 15 x 24 en papel *Shadowmould Narcissus*. Agotado.

P R O V E R B I O S M O R A L E S de *Sem Tob*. La obra está íntegramente copiada a mano según el Código del Escorial, con ortografía y caracteres góticos redondos de la época. Hizo la selección Enrique Espinoza. La escritura y disposición del volumen es de Mauricio Amster. Edición numerada de 150 ejemplares en papel. *Shadowmould Laurel*. \$ 300.

Colección del Pedernal

M A N I F I E S T O C O M U N I S T A de *Marx y Engels*, en una cuidada traducción del original alemán por Mauricio Amster y adornado con un retrato de los autores grabado en talla dulce por José Moreno. Edición limitada de cien ejemplares en papel de tina. \$ 500.

D E S O B E D I E N C I A C I V I L de *Henry David Thoreau*. Traducción y prólogo de Ernesto Montenegro. Con un retrato del autor por Mauricio Amster. Edición del centenario en papel de tina, limitada a 100 ejemplares numerados. \$ 300.

Colección del Tajamar

E L E S P Í R I T U C R I O L L O de *Enrique Espinoza*. Edición numerada de 500 ejemplares en papel pluma. \$ 100.

T R E S C L Á S I C O S I N G L E S E S D E L A P A M P A, por *Enrique Espinoza*. Edición numerada de 500 ejemplares en papel pluma, \$ 100.

El espíritu criollo

por ENRIQUE ESPINOZA

Algunas opiniones extractadas de la prensa argentina

Este libro editado en Chile, pero escrito por un compatriota nuestro allí residente desde hace años, analiza inteligentemente el espíritu y la obra de Sarmiento, Hernández y Lugones a quienes considera con justicia, los creadores literarios de emoción nacional más eminentemente popular. Quizá la única objeción importante que podría hacerse al señor Espinoza en tan agudas observaciones estilísticas y en tan prolijas puntualizaciones conceptuales, sería por su extraña insistencia en atribuir demasiado alcance sociológico y en asignar excesiva intención política a páginas cuyo valor estriba casi absolutamente en excelencias de estricto carácter artístico.

De "La Nación" de Buenos Aires.

En una bella edición de BABEL, de Santiago de Chile, acaba de aparecer un libro de Enrique Espinoza, *El espíritu criollo*, donde este destacado escritor reúne tres ensayos acerca de Sarmiento, Hernández y Lugones. El libro, dedicado "a la memoria de Hernán Gómez, el poeta de *Orilla nativa*", refleja de manera limpia y definida la claridad de juicio, la capacidad crítica, el análisis certero que han caracterizado en todo momento a Espinoza. Bien ganados tenían estos trabajos, el honor de la reunión y publicación conjuntas. Los tres configuran, por lo demás una unidad genuina, al ser valoración de tres grandes expresiones de lo criollo, lo nacido de esta tierra.

De "La Capital" de Rosario.

...*El espíritu criollo*, a más de sus méritos propiamente intrínsecos, está editado en un bello formato, parecido al de algunas ediciones inglesas, que hace, si cabe, más atrayente su lectura. En cuanto al autor —casi huelga repetirlo—, es exactamente lo que ha dado en llamarse un "ciudadano del mundo". Y no porque haya hecho algunos viajes o porque esté radicado en Chile, sino por el alcance siempre universal de todos sus puntos de vista.

De "La Voz del Interior", Córdoba.

Enrique Espinoza

Tres Clásicos Ingleses de la Pampa



B a b e l

Solicite un ejemplar empastado en tela a Mauricio Amster

Av. Manuel Montt 1209 - Teléfono 491302

Precio \$ 100.

L A C I E N C I A
P H I L C O

al servicio del hombre

Toda la historia de PHILCO es una ininterrumpida sucesión de aportes valiosos en el campo de la técnica.

PHILCO con sus grandes laboratorios de investigación científica ha logrado la indiscutible supremacía en materia de nuevos adelantos para Radio - Electrónica - Televisión - Refrigeración y acondicionamiento de aire.



el líder en Radio, Refrigeración
y Electrónica.

TAURUS

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

DIRIGIDA POR ENRIQUE ESPINOZA

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL

DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN

Y SE EDIFICA LA BABEL

EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

AÑO XII 1951 VOL. XIV

SANTIAGO DE CHILE

RESPONSO POR BABEL

MUCHOS DISTRÁIDOS IGNORAN ESTA REVISTA DE TODA CALIDAD QUE ES BABEL. IGNORAN EL BIEN SUPERLATIVO DE SU ESPÍRITU DE SELECCIÓN ESTRICTA, SE QUEDAN SIN SU AYUDA CRÍTICA DEL MUNDO QUE VIVIMOS Y POCO AGRADECEN EL QUE UN EXTRANJERO DE TANTA CALIDAD INTELECTUAL HAYA PLANTADO SU CASA Y SU EMPRESA ENTRE NOSOTROS. PERO QUIENES SEGUIMOS ESTA PUBLICACIÓN DESDE HACE AÑOS, LE ESTAMOS PROFUNDAMENTE RECONOCIDOS.

GABRIELA MISTRAL

ESTA será la oración valedictoria por nuestra Madre común, (¿o sería más acertado llamarla nuestra Hija colectiva?), la Revista BABEL, en vísperas de cerrarle los ojos y sellarle la boca, antes de que vaya a reposar en lo que lord Rosebery llamó "cementorios de libros" —la biblioteca pública y la biblioteca particular. Pero, ¿puede morir una revista? Mientras haya un curioso que la saque de su nicho en los anaqueles, la encontrará tan viva como siempre y dispuesta a comunicarle su mensaje individual. A menos de tener la mentalidad de un teólogo, nadie se atrevería a hablar seriamente de muerte cuando toda la plana mayor de BABEL sigue viviendo en tolerable buena salud física y mental, o por lo menos cada uno de ellos se lo imagina, que es lo que importa. Y mientras toda esta gente de ilusorios entusiasmos y escasísimo sentido práctico permanezca en estado de supervivencia, como diría un leguleyo, BABEL no habrá muerto del todo y hasta podría resucitar el mejor día, si así se le antoja.

Porque esta revista nuestra deja de salir al público, o en otras palabras, se da por muerta como Queg-queg, por propia voluntad. Y, como el imponderable personaje de Melville, bien pudiera ocurrírsele el capricho de reanudar su residencia en el mundo en un plazo más o menos próximo, si tales son los designios de Jehová. Ya una vez cortó sus amarras en las márgenes del Riachuelo (Buenos Aires) y cuando algunos de sus más entrañables enemigos la daban por incorporada a la flota fantasma en que van a la deriva hacia el olvido tantos barquichuelos más frágiles, he aquí que aflora de nuevo a orillas del Mapocho en 1939. Hay, ciertamente, algunos claros en su tripulación; pero lo importante es que su Capitán, Enrique Espinoza, ha salvado lo mejor del lastre, y que un nuevo calafate, Mauricio Amster, repara diestramente las averías en el casco, mejorando su apariencia en tercio y quinto. Es nuestra humilde presunción que aquel viejo lobo de mar y experto navegante que se llamó José Conrad, no desdeñaría embarcarse con nosotros; y en efecto, en nuestro libro de bitácora se hallará su nombre entre los huéspedes de honor.

Hablando ahora en la lengua vernácula, voy a contar algunas de mis experiencias de grumete y lenguaraz a bordo de BABEL. Allá por 1924 ó 25 recibí en Nueva York una carta con el sello de Buenos Aires, firmada por Enrique Espinoza, en que con empeño que llegaría pronto a tener por distintivo de su carácter, me comunicaba el envío de varios libros editados por él, no suyos, sino de su amigo y maestro Horacio Quiroga, a fin de que yo me ocupara de ellos en mis crónicas literarias del *New York Times*. Solamente mucho más tarde me remitió sus cuentos de *La levita gris* y algunas entregas de "La Vida Literaria", la revista que publicaba por entonces en la metrópoli platense. Otras cartas y otros recados de tono igualmente misionero continuaron llegándome del mismo corresponsal, con referencias bastante apreciativas, aunque muy sobrias, a las correspondencias que yo venía publicando desde 1923 en "La Nación", de Buenos Aires. Eran epístolas breves, densas, noticiosas; aquel demonio de hombre sabía cuanto pasaba en varias literaturas y no se le escapaba un desliz de los muchos que cometemos los que escribimos por la pura gracia de Dios y la tolerancia del público.

En 1926 hice una corta visita a mi tierra y volví a Estados Unidos por la vía del Atlántico. A mi hotelito de la Avenida de Mayo vino a verme la misma tarde de mi llegada un joven de mediana estatura, aire más bien severo y ojos que relumbaban como carbúnclos tras los gruesos cristales de sus lentes. Con unas barbas postizas hubiese sido un buen sustituto para el Emilio Zola representado en el cine por Paul Muni. Sus cejas espesas y renegridas y sus palabras precisas y cortantes me dieron a entender que tenía que habérmelas con un carácter tan pertinaz en sus simpatías como en sus antipatías. Una extraordinaria familiaridad con los grandes autores de medio mundo, favorecida por una memoria de "detective", reforzaban en mi nuevo amigo un sentido crítico del que se hallaba ausente, para mi sorpresa y regocijo, esa megalomanía provinciana y patriotería de tanto escritor suramericano. Creo que en esas dos horas de conversación me orienté mejor acerca de los valores relativos de la literatura argentina que lo que hubiese conseguido con muchas semanas de investigación en bibliotecas y "peñas" profesionales.

Con el tiempo y un trato más íntimo y frecuente en Santiago y Buenos Aires, a la vuelta de muchas andanzas y mudan-

zas de una y otra parte, pude comprobar que, a pesar de algunas diferencias radicales de temperamento, Enrique Espinoza y yo teníamos gustos muy semejantes en materia de artes y letras, aunque tuviera que reconocer que él iba su buena media legua adelante en información tocante a libros y autores. Mi camarada era el primer hombre con que yo me había topado en carne y hueso en que las pasiones más vivas y persistentes fuesen del orden intelectual. Sus grandes amistades se hallaban repartidas por todos los climas y alcanzaban a todos los tiempos. Algunas databan nada menos que del siglo diecisiete y lo ligaban íntimamente a un vecino medio español de Amsterdam, de nombre Benedicto Espinoza, acaso un remoto pariente. Otro de sus padrinos había nacido más allá del Rhin, vivió sus mejores años en París y supo reír con risa pronunciadamente teutónica y mefistofélica hasta en el lecho de la agonía: se llamó Enrique Heine. De ellos heredó nombre y apelativo, junto con otros dones menos formales, tales como su independencia crítica y su encono mordaz contra el filisteísmo.

Pero sus amigos de inmediata intimidad eran criollos del propio Buenos Aires. Dos de ellos habían emigrado definitivamente a Inglaterra, adonde los llamaba el influjo magnético de su cultura británica; pero entre las nieblas y la estrechura de su residencia insular, uno habría de añorar siempre, con nostalgia de vidalita, la espaciosidad de la vida pampera y el sabor del asado con cuero y del mate amargo. ¡Ah, esos "locos lindos" de don Guillermo Enrique Hudson y don Roberto Cunningham-Graham, y cómo les echaba de menos el joven Enrique Espinoza, añorando sus impresiones de viva voz, tras agotar sus memorias escritas!

Luego venían Domingo Faustino Sarmiento, José Hernández y Leopoldo Lugones, todos tres figuras recias que empuñaban la pluma con la resolución agresiva y la pericia en el ataque sólo conocida hasta entonces por el manejo del facón entre sus compatriotas; y a los cuales Enrique Espinoza había de pagar final y condigno tributo en las páginas acuciosas y ceñidas de *El Espíritu Criollo*. El trato más frecuente durante nuestra convivencia de años en Santiago y Buenos Aires, me dejó penetrar mejor dos de las características de mi amigo. Concluí por explicarme su prodigiosa retentiva literaria como un fenómeno más bien cordial que mental; su amor por el lenguaje universal del arte, y particularmente por el instrumen-

to comunicativo más eficaz que haya descubierto el hombre para romper el aislamiento celular en que nacemos y vivimos en el mundo, la literatura, explicaba la fidelidad de su memoria mejor que cualquier disciplina. ¿No dicen los ingleses aprender una cosa *by heart* y los franceses *par coeur* al aludir al proceso de fijación de los recursos, como si aún las ideas abstractas debieran pasar por la vía del corazón a aposentarse en el cerebro?

Esa manifestación inerrable de su vigor mental, (pues los datos no estaban amontonados en su memoria como en un desván, sino ordenados y clasificados escrupulosamente para su empleo inmediato), me hizo respetable su juicio en todo tiempo; pero lo que acrecentó mi estima fué una debilidad que le descubrí a poco de embarcarnos en este segundo periplo de BABEL por aguas chilenas. ¿Quién iba a figurarse que un hombre tan estricto en sus juicios y tan parco en sus elogios como agrio en la censura, fuese capaz de perdonar aún deslices doctrinarios a un escritor, una vez que se halle convencido de que su desviación es de buena fe, que su herejía es desinteresada, y sobre todo que la ha expresado con vigor y gracia? Es lo que le ocurrió con Lugones, y pudo ocurrirle con Horacio Quiroga, con Waldo Frank, o con cualquiera de los escritores al que una vez admitió en la intimidad de su aprecio. La lealtad de corazón de Enrique Espinoza, probada hasta más allá de la muerte en el caso de León Trotsky, nos advierte que al fin hemos encontrado un escritor a quien no se le han resecaado ni el corazón ni el cerebro con el mucho leer y compulsar lo que ha leído.

BABEL es ante todo su obra. Sin su celo misionero, sin lo exigente de su paladar y el calor fervoroso de su estímulo para todos aquellos en que una vez depositó su confianza, jamás hubiese sido posible la hazaña de mantener la revista a flote por un decenio y más. Creo, también, que la hizo posible nuestra sabia ignorancia de los problemas económicos, y cierta malvada propensión del grupo babélico a preferir la colaboración gratuita allí donde cada uno pueda sentirse a sus anchas y en buena compañía a venderle su alma al diablo de la publicidad condicional. BABEL descubrió amigos donde menos era de sospecharlo; ciertas voces en la prensa santiaguina fueron estimulantes hasta lo último. ¿Por qué, entonces, la Revista se resigna a morir? Probablemente porque al resucitarla en Chile,

su editor sólo quiso probar que una buena idea puede arraigar en cualquier parte, o puede que fuera por demostrar al gremio cómo debe equipararse la calidad del contenido con su ropaje externo. Uno ni otro estarán lejos de ser perfectos, aún cuando podríamos asegurar que se hizo siempre todo lo posible por dar toda la medida de nuestras flacas fuerzas. Pero esto lo explicará mejor nuestro Caudillo (sin cimitarra morisca), si así le place.

Yo sólo he pretendido hacer un recuento somero de mis relaciones con la Revista y con este hombre de corteza áspera y entrañable generosidad de alma que es Enrique Espinoza.



MANUEL ROJAS

A Catita Talésnik

NUESTROS escritores han visto al chileno común, al representativo, casi con la misma pupila. Lo encuentran caviloso, sobrio y con cierta mesura para expresarse. Le atribuyen algún humor ligeramente velado. Y también gran ingenio para disimular sus méritos. Cavilando ha descubierto que todo relieve personal es ofensivo para otro. En lo de la sobriedad para hablar debe de haber mucho de cierto porque hasta los borrachos, cuando advierten inquietud en sus oyentes, no cesan de preguntar:

—¿Me he propasado en algo?

Agregaría que también se adivina en el chileno alguna oposición a lo dramático. En los trances más tenebrosos una reflexión humorística hace salir el sol.

Tanta parquedad, tolerancia y discreción pueden ser consecuencia de nuestra geografía. Vivimos en pequeños valles cortados por cerros y montañas. Es inevitable transitar por caminos acostumbrados y vernos con las mismas personas. Si fuéramos dramáticos, sería horroroso andar tropezando con enemigos en cada esquina. El enemigo ideal, el tolerable, es el que está en el confín del mundo.

No sé si el chileno tiene tales prendas. Sería honroso que las tuviera. Pero sí las tienen los personajes de Manuel Rojas y él, como creador, en grado mayor.

Los que conocen a distancia a Manuel Rojas lo suponen poco menos que mudo, muy áspero y hasta peligroso. Dado lo alto que es, llegan a figurárselo dispuesto a aprovechar tamaña ventaja para abalanzarse contra su interlocutor. Esta impresión de fuerza y adustez contiene a muchos que querrían conocerle. Se resignan, no sin melancolía, a mirarle de lejos. Los más valerosos, que siempre son los menos, van en su busca, resueltos a sufrir lo que sea. Y entonces sucede algo que los deja más sorprendidos todavía. El temible escritor habla con el desconocido en tono de confianza, en voz baja, calculada para él solo. Y, además, habla como la Biblia, acaso sin la dureza de ésta, pero con la misma verdad, porque Manuel Rojas es la veracidad en persona.

Se puede no quedar contento de sus opiniones, mas, se siente que las suyas responden a una convicción. El poeta no se deja arrastrar por las ideas dominantes, ni cede a la tentación de parecer bien o de quedar bien. Expresa su juicio y no hay espacio para nada más. Y esto no le cuesta porque es condición de su naturaleza ser así.

Si le gusta una obra no la elogiara cuerpo a cuerpo. Lo dirá a un tercero. Y en todo lo positivo obra igual. Este matiz de pudor también fué característica del chileno.

Es distinto si se le interroga.

Al dar término a la primera mitad de "Vidas Mínimas", sentí gran necesidad de leérsela, tal vez con el secreto pensamiento de recibir su aprobación. El escritor joven está muy precisado de alabanzas y hasta no escasean los literatos maduros que las apetezcan. Son el alimento de unos y otros.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté al final de la lectura:

A media voz, para que nadie más oyera, me dijo:

—Tu prosa es como contar chauchas.

A Manuel Rojas lo conocí cuando sólo escribía versos. En la cubierta de su pequeña mesa, fuera de sus manos, había cigarrillos y una ruma de carillas en blanco. Hacía un verso y lo corregía. Una vez acabado copiábalo en otra hoja y agregaba el siguiente, que sufría afinaciones y ajustes copiosos. Ambos pasaban a la tercera. El soneto alcanzaba forma definitiva no antes de atravesar por cuarenta o más cuartillas.

En esa mesita escribió "Gusano", soneto que fué incorporado a la Pequeña Antología de Los Diez, por Ernesto A. Guzmán, el crítico más pesimista de ese tiempo, y que figura en todas las posteriores.

A su poema "Deshecha Rosa"* debería acordársele distinción semejante.

Sus creaciones de poeta habrían bastado para que perdurase su nombre, pero su caudal oculto pugnaba por derramarse en otras formas.

A pesar de su voluntad, Manuel Rojas estaba a larguísima distancia del dinero. Me figuro que por aproximársele empezó a escribir cuentos. Los dos que primero salieron de

* Ver BABEL, número 14.

su mano fueron recompensados en concursos con sendos puñaditos. Cobró aliento y compuso los suficientes para llenar tres volúmenes. Un cuento, titulado "El vaso de leche", fué agregado a las mejores muestras de la prosa chilena. En pocos años le llovieron cuatro nuevos premios.

Como en Manuel Rojas el pensamiento se completa con el acto, en sus cuentos y novelas se plantean los hechos casi en las líneas iniciales. La pintura del ambiente viene por añadidura, disimulada, para no mermar el relieve de la acción. Luego alguien que representa su temperamento se entrega a largos soliloquios, con ese acento de intimidación tan suyo, pues jamás habla por hablar, sino impelido por emociones, con interés, dentro de una atmósfera alta y siempre atrayente.

La prosa de Manuel Rojas, tan acabada, tan transparente, no cautiva sólo a nuestra inteligencia; nos toca el cuerpo. Tiene hálito. Ni un instante se aleja de lo humano, de lo que atañe al hombre, a la mujer, al pueblo.

Aunque no se podría acusarle de parco en escribir, sería empresa difícil señalar en su prosa palabras innecesarias o de mero adorno. Y, sin embargo, en lo que escribe están patentes la armonía y el ritmo, virtudes aglutinantes, a menudo, de elementos puramente eufónicos.

Su prosa está constituida por constantes y variados encañamientos de frases. A veces un vocablo llave, que figura en la oración precedente, va mostrando el nudo, el punto de bifurcación. Si quiere hacer resaltar un hecho o una idea se vale de enumeraciones insistentes, entre las cuales suele brillar una locución humorística que deslumbra por lo inesperada.

Manuel Rojas presenta a sus personajes con bastante respeto, como son o querrían ser. Les permite que tengan cualquier medio de vida y que digan lo que se les ocurra. En ocasiones los trata compasivamente, sobre todo si les va mal, pero no les abona sino lo justo. Al policía, al pesquisa, al expoliador, los pinta como aparentan ser o como quizás sean, un tanto sombríos, bordeando lo siniestro, mas, antes de abandonarlos, al primer descuido les desgarran el uniforme para hacer ver que más adentro hay un hombre que podría enmendarse, que de pretenderlo volvería a la gracia. Se condeue de la inevitable desdicha del ladrón, pero le enrostra que ejerza sus malas artes con seres misérrimos, con mujeres.

En *Hijo del ladrón*, más que en sus anteriores libros, hay un fastidio, una protesta sostenida. ¡Esto no sería nada! Hay una rebelión abierta en contra de los certificados de nacimiento y los pasaportes; contra los conductores de trenes, los conductores, los capitanes de puerto, la policía uniformada y la civil; contra la gama infinita de individuos que no crean bien alguno, y cuya función, que repudiada sea, es restringir, dificultar, oponerse, aprisionar y arrinconar al hombre; contra ese poder anónimo, sin responsables a la vista, que se va comiendo la libertad de cada uno.

En los primeros años Manuel Rojas debió ganarse el pan en los más variados empleos y oficios. Uno debería creer que éstos le fueron impuestos por las circunstancias, porque entonces no pudo elegir; cabe pensar, además, que no respondían a sus anhelos. ¿Quién tiene tanta suerte? Mas, viéndole vivir uno repara en que cada tarea cumplida en su adolescencia le dejó algo así como el deseo de completarla. Primero que nada repartió anuncios teatrales. Durante decenios se entregó a labores distintas, pero, en ciertos intermedios de su existencia, actuó de consueta, luego de actor, antes o después de tramoyista y culminó de autor dramático. Vino faltándole sólo ser dueño de teatro.

Si reparamos en otro de sus empleos accidentales, el de colaborador de periódicos, al que lo empujara su anarquismo, veremos (por más que hay miles de hombres que redactaron artículos y no persistieron), que más tarde, por intervalos, ya que no le gusta estar en lo mismo, es empaquetador, encuadernador, linotipista, redactor de un diario y constantemente escritor.

La casualidad quiso que de muchacho fuese guardián de falucho y en seguida, para no dejar el hábito de alimentarse, lancharo. ¿Creerán ustedes que pasaron veinte años y, por distraerse, siguió un curso de patrón de yate y se tituló?

Una de sus primeras faenas, también forzosa, fué la de peón en la Cordillera. Padebió allí lo indecible. Casi se le helaron los pies y las manos. En fin, tan amargo recuerdo y tan penosa experiencia a otro le hubiesen impedido volver a frecuentarla. A él no. Se hizo hombre, tenía un montón de ocupaciones, estaba rodeado de amigos, nada le faltaba. Sin obligación ninguna, llegó un día en que se internó de nuevo en la Cordillera, por el Cajón del Maipo, y desde en-

tonces no deja pasar mes sin trepar a una u otra montaña. Ni que fuera primo de Epicteto.

Mientras camina se le van despertando deseos originales: el de encontrar todas las variedades de la *Alstroemeria*, el de cazar las mariposas de grandes alas blancas vetadas de gris o el de congraciarse con los pájaros. A la vez que recupera, ahonda y amplía sus primeros y obligatorios oficios, se aficiona a otros. Es un hombre en permanente crecimiento. El Altísimo debería doblarle la vida aunque más no fuera por ver qué nuevas cosas emprende.

Al andar parece que va de paseo. ¿Quién le ha visto apresurado? Pero no hay que engañarse. Va a comenzar algo o va a terminar algo. Con el mismo interés que hace lo suyo, hace lo de los demás.

Observando cómo llena de sentido sus horas, cómo cumple con la realidad, sería de creer que vive sólo hacia fuera. Se puede creerlo, pero sería un error.

Todas las zozobras que andan sueltas por el mundo rebotan también en su pecho. El las acoge y lentamente asume una posición sin dejar su mutismo, su andar sereno, su reposo.

A veces, la inquietud está dentro de él y como todo lo prueba con la acción, va a deshojar una rosa a los pies del Gran Arquitecto. Si nota paralelismo entre su ritmo y el ajeno, se aparta; pero la inquietud social vuelve a rondarlo y se hace socialista. Si el socialismo entra en transacciones reprochables, él no transa; recupera su independencia y emprende algo que estaba madurando en sosiego.

A este juego constante de pensar y hacer debe, de seguro, su gran salud moral, su equilibrio, su capacidad de abandonar lo que no le place y de buscar la gracia por otras encrucijadas.

Su último libro, *Hijo de ladrón* no es una novela en que se cuente cómo Juan y Juana se amaron y las consecuencias que estos amores tuvieron para la parentela y sus amigos. No obstante hay en sus páginas personas que vivieron o comienzan a vivir esta etapa. *Hijo de ladrón* es la novela de muchos hombres y mujeres que algo tienen que ver con el hurto. Cada personaje es el más importante en cierto momento, como sucede en la vida real. A ratos el autor está contando la historia de dos o tres individuos. Figuraos un ancho camino por el que van tres hombres, separadamente, con rum-

bo al norte. De repente uno se devuelve, al mismo paso, y se sigue contando su vida hacia atrás.

La circunstancia de que se trate de seres que roban le da a la obra un incentivo inmediato, pero viendo cómo actúa cada uno, cómo siente, cómo reacciona, uno comprende que la novela no dejaría de ser excelente si estos personajes, en vez de ladrones, fueran obispos o vizcondes.

A cada uno de nosotros la vida le permite, en contadas oportunidades, penetrar hasta la raíz de otros seres y sentirlos vivir en los instantes en que se empujan, en que dan de sí lo más posible. Al mayor número no le vemos sino el antifaz. Apreciamos los grandes momentos de uno o varios individuos gracias a lo que sabemos de ellos, al ambiente que los rodeó en ese minuto, a la luz o la penumbra que había y a nuestra experiencia en cosas humanas. Cuando pretendemos contar ese momento, si nuestra memoria y nuestro oído son fieles, podemos reproducir las palabras y de lo demás dar un rasgo. El resto no conseguiríamos reproducirlo aunque estuviésemos hablando la vida entera.

La grandeza del escritor, del novelista principalmente, está en que puede, valiéndose sólo de palabras, encontrar la síntesis o los símbolos para comunicar esos grandes momentos del ser humano sin que parezca que falte nada.

El libro de Manuel Rojas es sobresaliente por esa virtud. Captó instantes únicos de un grupo de seres humanos. Esto es, ni más ni menos, lo que él aporta a nuestra literatura.



PAGINAS EXCLUIDAS DE "HIJO
DE LADRON"

—SI AHORA miras hacia atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo: está pegada al suelo, unida a la tierra y a las piedras; su color está suelto, sin embargo; nadie puede aprisionarlo, e irradia luz y con esa luz se aproxima a nosotros y quiere cercarnos y envolvernos; no se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en alguna parte en que la nieve te rodeaba por cuadras y cuadras y en donde tú o tú y tus compañeros, si es que alguien iba contigo, eran lo único sombrío, lo único oscuro que había en medio de la blancura. No lo sé. Hablo de la noche, aunque en el día no es mucho mejor; a cualquier hora es lo mismo: la sensación de que estás limitado y reducido y de que eres lo que se mueve en medio de lo inmóvil, lo tibio rodeado de lo helado y casi podríamos decir lo vivo entre lo muerto si no fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no mata a lo que está bajo ella. La semilla que duerme bajo la nieve está más segura que el hombre o que el animal que caminan sobre ella. Estamos hablando de hombres, claro. Cuando uno se encuentra como te decía y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodean, se da cuenta de que el blanco no es un color blanco e inofensivo, sino que un color duro y agresivo y ¡qué descanso ver a lo lejos, en algún picacho inaccesible a todo y a todos, un color diferente, un negro, por ejemplo, o un rojizo o un azul! Los ojos descansan en ese color, reposan en él antes de volver al blanco de la nieve, a este blanco que te persigue, te fatiga, te tapa los senderos, desfigura los caminos, oculta las señales y, además, te mete en el corazón el miedo a la soledad y a la muerte.

Mira de nuevo hacia atrás. Mira ahora hacia adelante: todo está oscuro y negro y no se ve nada o casi nada y a pesar de eso sientes que esa negrura y esa obscuridad están llenas de rincones acogedores; hay arbustos y la tierra está seca; puedes tenderte en cualquier parte y no te mojarás ni te helarás; puedes hacer fuego con ramitas y calentarte, tomar café

o mate o simplemente mirar las llamas. El hombre tiene miedo de la noche y sólo algunos solitarios, como los trabajadores de los bosques y de las montañas, algunos, no todos, que han logrado, después de mucho tiempo, dominar el miedo, saben apreciarla. Nada de eso puedes hacer en la nieve: en la nieve no puedes detenerte ni sentarte y debes seguir andando, como si una voz te advirtiera: estás muy cansado y morirás si te detienes, te enfriarás, te agarrotarás, quedarás riendo.

Mira hacia atrás de nuevo: la nieve continúa mirándonos, persiguiéndonos con su blancura; y si fuera algo duro, algo consistente, sobre lo cual se pudiera pisar con confianza y con seguridad... No lo es: aunque conozcas de memoria el sendero, aunque hayas pasado muchas veces por él, aunque te sepas al dedillo sus piedras y sus rocas, sus vegas y torrentes, sus vueltas y revueltas, no debes confiar: bajo la nieve de varios días o de varios meses todo cambia: su peso hace correr las piedras que conoces, y la nieve que está más arriba de aquella que vas pisando, más arriba del sendero, al derretirse forma torrentes que corren por debajo y la destruyen, carcomiendo la capa sobre la cual vas caminando: aquí te hundirás hasta la rodilla, allá hasta la cadera, más allá resbalarás y quién sabe si podrás sujetarte e impedir la caída.

Vamos lejos ya, una cuadra, dos, hundiéndonos en la obscuridad, en una obscuridad sin nieve, en una obscuridad sin hirientes resplandores; la nieve, sin embargo, sigue vigilándonos.

—De buenas hemos escapado.

—Sí; ¡llegó un momento en que creí que no saldríamos vivos del planchón.

—No sé qué es mejor: si la nieve blanda o la nieve dura; mejor dicho: no sé qué es peor.

—Le tengo miedo a la nieve, pero me gusta, de lejos, es claro, y a veces de cerca, pero no la quiero. Dos o tres veces me he encontrado con ella en las montañas, solo yo y sola ella, durante horas, perdida la huella, borrado todo rastro, sepultadas las señales, extraviados los amigos: aquí te quiero ver. Miras para cualquier parte: no hay nada ni nadie que te pueda ayudar y la noche se acerca o la noche se alarga; hay una quietud mortal: nada se mueve, por lo menos nada que tú puedas ver; si gritas, nadie te oirá; si pides auxilio, nadie te socorrerá; debes confiar sólo en tus piernas, que algunas

veces fallan, o en tus pulmones, que también se cansan; debes confiar, también, en tu presencia de ánimo, en tu valor, que a veces desaparecen no se sabe cómo, y a cada momento, a cada paso, te hundes en el silencio, en la quietud y en la soledad y el espacio que ocupas y aquel que te rodea y aquel que lo gras ver se reducen más y más. No mires a lo lejos: debes mirar en qué punto vas a poner el pie en el siguiente paso y en el otro y en el otro. ¿Oyes? Es el rumor de un torrente que corre bajo la nieve, ¿hacia dónde y por dónde?, no lo sabes, lo oyes nada más. Sí, no mires a lo lejos; a lo lejos quizás estén tus compañeros, hay un campamento, una alegre fogata, luz, animación, voces, calor, risas, una taza de té y una cama, hasta puede haber una mujer, no tuya, porque tú eres un pobre diablo, pero una mujer a la cual puedas por lo menos mirar, mirar nada más, y no te parezca poco. Las mujeres son escasas en la cordillera, más escasas aun las que pueden llegar a ser tuyas... No mires a lo lejos, te digo, ni pienses en lo que puede haber en otra parte: aquí hay algo más importante que todo eso, aun más importante que las mujeres, de las cuales, algunas veces, se puede prescindir; de esto no se puede prescindir sino para siempre. Me refiero a la vida, es claro. Pon bien el pie y afirma bien el cuerpo. No sabes si en el siguiente paso encontrarás una nieve más blanda o una nieve más dura, una más delgada o una más profunda; es de noche y no puedes distinguir bien; de día es fácil reconocer la nieve profunda; tiene adentro, como en las entrañas, un color azul precioso, muy suave, como el de ciertas aguas o el de ciertos cielos; de noche toda es igual, toda blanca, toda fría y se endurece a medida que la obscuridad avanza.

—¿Cuántas horas anduvimos en la nieve?

—Ocho tal vez.

—Yo les dije: es mejor esperar, pero ustedes se emperraron en seguir.

—No; vamos en seguida; no nos quedemos aquí.

—Durmamos aquí, en el Cristo, y mañana temprano seguimos viaje.

—No; queremos llegar pronto a Chile.

—Hay mucha nieve.

—Qué importa. Aquí también hay mucha.

—Y partimos.

—¿Y ahora?

—Ahora todo va bien y dentro de un rato, una hora o dos, podremos tendernos y descansar. Serán las dos o tres de la madrugada, estamos en Chile y pronto aparecerán, en la obscuridad, los primeros álamos.

—¡Qué fácil es decirlo ahora!

—Si no fuera por las autoridades todo sería fácil: el túnel es ancho y se pasa en una hora; pero, no, señor. Alto ahí. Aparece la autoridad: a ver los papeles. ¿Chileno? ¿Argentino? Muéstrame su libreta de enrolamiento, muéstrame su pasaporte, muéstrame su equipaje; por poco te piden que les muestres otra cosa; y si vas sucio y roto porque te ha ido mal en el trabajo o porque te da la gana de ir sucio y roto, es mucho peor: si no les caes en gracia te llevarán al retén y te tendrán ahí dos horas o dos días o una quincena. En Las Cuevas había un cabo, hijo de tal por cual, que se acercaba al calabozo y abría la puerta:

—A ver: que salgan los que sepan leer y escribir.

—Salían, muy orgullosos, tres o cuatro; los demás o no sabían leer o no hacían caso de lo que decía el cabo.

—Muy bien: agarren una pala cada uno y andando.

—Los ponía a hacer un camino en la nieve, entre la comisaría y la estación. Lo mató un rodado: en el infierno debe estar, haciendo con la jeta un camino en el fuego.

—¿Y a quién vas a quejarte? ¿A quién recurrirás? A mí me tuvieron tres días una vez. ¡Cuánta gente ha muerto por causa de esos malditos papeles! Hace años se entraba o se salía de la Argentina y de Chile como si se entrara o se saliera de su propia casa; hoy son, para todos, como casas ajenas; no había túnel ni ferrocarril y tampoco autoridades que pidieran que les mostraras todo, no; ibas a Mendoza o a la Pampa, trabajabas en la vendimia o en la cosecha y te volvías antes de que llegara el invierno, a fines de marzo, digamos, y nadie te decía nada. Ahora, no: papeles aquí, papeles allá, al calabozo, no tienes tus papeles, sos un atorrante, tomá una pala, ¿por que?, tenís cara de pillo, chileno ladrón, cuyo maricón, una semana detenido; ahora ándate y no vuelvas más por aquí. Y los hombres se asustan o se engallan: pasan de noche la cumbre y el viento o la nieve los agarran cansados y por ahí quedan, mostrando los dientes.

Mira hacia atrás: todavía se ve la nieve. Es lo que más se ve en Chile; desde la orilla del mar, desde el campo, desde las ciudades, desde los bosques, a veces desde la cama o desde la cárcel.

—He trabajado en las minas: nieve hasta para regalar. Hay minerales que en el invierno se transforman en cementerios, tan solos quedan, sepultados bajo dos o tres metros de nieve. Los hombres que se quedan a invernar viven como ratones: les crece el pelo, se les alarga el bigote, se les ennegrece la cara, les rebrillan los ojos, la ropa se les hace pedazos —usan la peor— y se pasean por las galerías y los pasillos de los campamentos como fantasmas peludos y negros.

—También he invernado en el otro lado, donde queda la primera cuadrilla de peones del transandino argentino; no me gusta: prefiero pasar hombre en Valparaíso y no engordar bajo diez metros de nieve. Gracias ¿Y las mujeres, los niños, los árboles? Cuando abrimos la puerta después de una nevazón que duró tres días, nos encontramos con que no podíamos salir de la casa: la nieve llegaba hasta más arriba de la puerta; tuvimos que hacer un túnel para llegar hasta la línea del tren.

—Así murió Manos Duras y así murió Tuerto Chico; así han muerto muchos y muchos han muerto en este mismo lugar. Cuando se llega hasta por aquí cansado y hambriento y resulta que sopla viento y la nieve está dura, siente uno que lo que mejor que podía haberle ocurrido es no haber salido nunca del vientre de su madre: un minuto o dos sentado, descansando, bastan para agarrotar los músculos y acalambrar el estómago. Ahí te quedarás, hasta que vengan a buscarte... cuando pase el invierno. Tuerto Chico no era orgulloso ni soberbio, más bien era apocado, aunque no tanto que se le pudiera poner el pie encima y se quedara tranquilo; te miraba de lado, levantando la cabeza, como quien mira por sobre el hombro y hacia el cielo —también lo llamaban, algunos, Mira-Para-El-Norte— y uno sentía que en esa mirada, la mirada de un solo ojo —el otro lo tenía tapado por una nube— asomaba algo que era necesario respetar, aunque ese algo estuviera encerrado dentro de un hombre de baja estatura, feo y hediondo como nadie— no se bañaba nunca, no diré en la cordillera, donde en verano no se ba-

ñan más que los locos, sino que en ninguna parte: decía que el baño le hacía salir granos.

—Hay hombres tiesos, aunque no lo parecen, y hay que tener cuidado con ellos: algunos cortan como cuchillos, otros golpean como piedras y los más suaves putean que da gusto.

—Manos Duras, sí, era orgulloso aunque no guapo ni fanfarrón, callado más bien, y no le gustaba —tampoco le gustaba a Tuerto Chico ni tampoco les gusta a muchos hombres, por rotosos que anden— que las autoridades lo detuvieran, lo interrogaran, lo registraran, lo manosearan, lo encerrarán, lo hicieran trabajar y se burlaran de él. Prefería, entonces, esperar la noche para pasar la cumbre. Corría el riesgo de que lo pillara un temporal o una nevazón o de que se perdiera, pero prefería eso a que lo baboseara nadie. Dos o tres veces me fui con ellos a Mendoza y dos o tres veces me volví con ellos a Chile. Venían todos los años, como los pájaros. Eran duros y callados y aguantaban mucho, aguantaban el cansancio, el hambre, la sed, el frío, todo: la muerte debe haber peleado duro con ellos para ganárselas. Lo que no soportaban era el mal trato. Si encontraban, sobre todo Manos Duras, un capataz de mal carácter o abusador, preferían irse. El capataz salía ganando: creo que Manos Duras era capaz de meter clavos en la madera sin otra herramienta que sus manos.

—También he hecho ese viajecito: camina uno tres días desde Mendoza, o cuatro si no ha tenido la suerte de pescar un tren de carga; se han roto las alpargatas o los zapatos y se han terminado las provisiones; el camino es duro, pura piedra; está uno cansado y no puede meterse en ninguna parte, salvo que conozca a alguien en algún campamento o sea amigo de algún capataz. Por ahí, detrás de una piedra, lo pillan la noche, acurrucado, y hay que partir. Vamos, arriba, toma el saco o la mochila y andando. Estamos a fines de marzo o a principios de abril y ha caído una nevazón, dos, tres; ¿cómo estará el camino? ¿Cómo estará la nieve? Nadie lo sabe y si por casualidad encuentras a alguien que acaba de atravesar la cumbre, te dirá: está bueno, está malo, está regular, la cosa está buena de este lado y más o menos del otro. Siempre, sin embargo, estará peor de lo que él dice. Además, hay que tomar en cuenta la hora y el tiempo: si es de día, si es de

noche, si hay sol, si está nublado, si corre viento, si no corre. Se amarra uno bien los pantalones y parte, no por el camino, que sería mucho mejor, sino que por ahí, por los lados, escondido. Podría uno irse directamente a la boca del túnel, meterse en él y salir tan tranquilo al otro lado, pero no puede ser: el túnel tiene puertas a ambos lados, en las dos bocas, una puerta de fierro, y esa puerta está cerrada y asegurada, además, por un candado y una cadena. ¿Por qué? Quién sabe. De día el carabinero puede ver quién sale y quién entra; de noche no puede verlo y entonces le pone candado. Libertad es la herencia del bravo, dice la canción nacional chilena; libertad, libertad, dice la canción argentina; libertad, sí, pero pongámosle candado a la puerta. Claro es que si lo sorprenden a uno tratando de pasar a escondidas la cumbre, sin mostrar lo que ellos quieren que uno muestre, es mucho peor: lo tratarán como a un cuatrero, como a un contrabandista, como a reo prófugo, pero la libertad vale algo y hay que pagarlo, no la de los himnos, que parece no existir, sino otra. Por lo demás, la noche es igual para todos y sólo muy pocos le han perdido el miedo. Andando. A veces, como en este caso, se tiene suerte y se pasa; otras, se llega al Cristo y se duerme ahí si la cosa se presenta muy mala; pero hay veces en que no se hace caso de nada y se sigue adelante. Vamos de bajada, se dice, y no vale la pena quedarse. Sigamos. Es lo que nos ha pasado ahora. Pero desde el Cristo para adelante nadie puede decir lo que va a pasar: si llegará vivo hasta abajo o si a pesar de llegar vivo morirá cuando ya se cree a salvo. La bajada es a veces peor que la subida, aunque la subida es a veces peor que la bajada.

Miremos por última vez hacia atrás: la nieve se está alejando y al alejarse sube, como si se empinara para mirarnos y vigilarnos. Todavía no se resigna a perdernos. Adiós. Volvemos este otro año. Por aquí encontraron a Manos Duras y un poco más allá a Tuerto Chico: estaban sentados, con la mochila al lado, encogidos.

—¿Oyen? Empieza a oírse el rumor del río y aparece el primer álamo. Estamos en Chile.

ARTE Y OFICIO

AUNQUE en Cuba no hacemos vida literaria (porque eso tiene sentido donde el cultivo de las letras marca constancia) voy a dejar unas pequeñas confidencias en torno a la faena del escritor, en especial a la que yo me dedico preferentemente.

Escribir novelas es la profesión más antihigiénica que hay. Por de pronto es preciso pasarse algunas de las buenas horas de nuestros días clavado en una silla, andando en un mundo inventado, inventando un mundo terrenal con gente no siempre del agrado de uno, revolviendo vidas y almas a veces sucias, a veces tontas, a veces ni lo uno ni lo otro... ¡pero peor! cuando la calle, la playa o simplemente el rincón de la biblioteca le llama a uno como a cualquier mortal. De la madeja de experiencia que se supone tener, hay que sacar los hilos de esas existencias y en la más clamorosa soledad trazar sus destinos, sean éstos excelsos, sean éstos triviales. Sólo que el estudio de la trivialidad, de los hechos baladíes, de esa formidable maquinaria que alcanza a repetir un día sí y otro también cuatrocientos pares de gestos unánimes (sonreír, guiar los ojos, retener sonrisas, diluir miradas...) no es nada trivial por cierto. Esa derelicción de los personajes, el sentimiento de saberlos irremediabilmente naufragados en la inanidad de sus vidas sin trascendencia ¿no es a veces tan importante como el destacar sus más eminentes actitudes?

Pasarse horas y horas meditando el qué hacer con nuestro sujeto es una tarea áspera, la cual a veces nos reserva sorpresas tales como que su destino contrarie nuestros propósitos, por un golpe de azar, alzándose contra su propia conducta. Sabemos que el giro de una frase, por el contrario, nos abre camino, inesperados rumbos y distintos desenlaces, mas no siempre se puede estar en espera de estas misteriosas galvanizaciones. El escritor que no tenga fe en lo imprevisible está perdido, pero más perdido estará aquel que no tenga trazado, por rudimentariamente que sea, el posible desenlace de dos o tres de sus figuras señeras. No hay iluminación sin plan previo; relumbre sin moho de esfuerzo.

Escribir es un arte, un oficio, una necesidad, una manía, y en vista de lo que supone como desmán me parece que, aparte de las contenciones naturales que un buen tacto manda reprimir, una resuelta decisión de comunicarse, sin petulancia, con los que vendrán después. Desdichado el que escribe tan sólo para su tiempo. Desdichado al que el tiempo se le eche encima sin haberle visto el mínimo secreto germinal. La congoja, la desesperación traumatizante de hoy, mañana se verá de otro modo y un hombre que ha pasado mucho tiempo en libertad con su pluma ya está fuera de todas las cárceles posibles: su vínculo es más alto.

La datofagia de cierto público no ve a menudo lo que tiene de zozobante el ir amontonando pormenor a la obra de creación y si un estilo se cuaja naturalmente tampoco entiende ese público el trabajo que ello ha costado. La obra no se va a salvar por el pormenor, pero el pormenor es su hueso y su tuétano y ya es vieja la idea de la obra como cadáver de salvación. Hay quienes tienen la coquetería de proclamar la sencillez de su trabajo; yo prefiero mostrar lo calamitoso de este suceso en asedio del estilo; lo calamitoso que resulta unir estilo y pormenor; orden y caos.

Por un no sé qué de tendencia a la línea decaída lo plácido y reluciente ha perdido rango y emoción en ciertas escrituras y escribir de ese modo parece ser un tanto fastidioso. Ahora es necesario que algo de lo catastrófico de la vida, la miseria y el rencor temporal, el asco cotidiano de la supervivencia tone vuelo y sitio oportuno, pero cuidando de no tocar demasiado en esos arrecifes porque tal como están las cosas empollar dramas tremendos no es lo que precisamente reclama la arcilla libresca, nostálgica de la ingente sombra de la carne. Estos cataclismos habrá que sopesarlos de modo de no caer tampoco en el otro extremo donde las imágenes vacantes hacen que todo pase sin que pase nada. De todo lo cual resulta que si de la insulsez más o menos ética no debe sacarse mayor partido tampoco de los agravios al género humano en sus múltiples tolerancias. Una inteligencia activa no mirará de soslayo el curso de estas ideas.

¡Ah, y la novela consume tantas cuartillas! Un mundo de cuartillas, un melodramático suceder de cuartillas, el entero mundo que queremos alzar de repente surgiendo del

montón de cuartillas... Amor, ternura, ¡venid! Hay que salir al aire libre del final, y ese final a veces es tan inaccesible... Mas ya está dicho que *charle el eunuco y trabaje el creador*, aun cuando este creador no se vea retribuido con mucha largueza.

Decía Lugones que él había aprendido precisamente de los griegos cómo se paga uno el inefable goce de la libertad con el dinero que deja de ganar pudiendo hacerlo. No agregó nada; también lo sé, y mi sangre me cuesta.

Comencé diciendo que es antihigiénico escribir novelas y voy a probarlo. No bien se ve uno navegando en esta ensenada de pasiones el ánimo se disuelve en ella y cuesta trabajo dar pie con el mundo de las realidades externas.

Cuando yo hacía antes otras cosas solía ser una persona cuidadosa de mi urbanidad. Ahora no. Ahora hasta dejo —tengo que dejar— que las cenizas de mis cigarros invadan mi mesa, a veces mi cama, a veces mi casa... Andando por esos finisterres de las personalidades que amaso, diseco o inventario, ¿cómo es posible cuidarse uno ni de su barba ni de sus amigos?

Lo mejor sería que no viniesen a vernos los amigos, pero ¿cómo decirles que se trabaja cuando todos creen que se holgazanea? Metido el pecho contra la mesa, metida la imaginación como un escoplo contra lo inerte de lo increado, nadie podrá hacerles creer que estamos librando una batalla. Y entonces salen con esto: —“No seas egoísta y vente con nosotros. Deja esos papeles”.

Si yo tuviera como San Isidro el Labrador mis ángeles que labraran por mí (lo que él ni siquiera pidió en oraciones; los que él debía, viéndose tan colmado, cedernos algunas tardes a título de homónimo) bien estaba el caso; pero vivo amarrado a este arte y este oficio —fatalidad hereditaria— y no veo el modo de cambiar de independencia.

EL CREPUSCULO

CUANDO llegaba el tiempo en que el árbol del fuego florecía el hombre tomaba su caballo y marchaba al mercado. Ese hombre había visto muchas veces florecer aquel árbol cerca de la puerta de su casa.

La flor del árbol del fuego se abría cada mañana y precisamente en el momento en que se abría aquella flor el hombre salía, montaba a caballo y decía:

—Arre, mayoral.

Le rozaba al caballo el ijar con la espuela y el caballo partía con un trote perezoso. El hombre estaba amarillento y su piel era seca y tostada como las hojas del tabaco que vendía en la plaza del pueblo próximo. Cuando volvía del mercado —al atardecer— se quedaba vacilando porque aquella hora indecisa lo borraba todo y no sabía qué camino tomar entre los siete que se dirigían por diferentes lugares hacia su casa.

Seis años antes tuvo que renunciar a uno de esos caminos porque cuando se acercaba a la casa —ya puesto el sol— veía un animal del color de la tierra misma que a la media luz parecía un coyote y nunca pudo aclarar si era un coyote o un perro. Avanzaba aquel animal de costado mirándolo con la cabeza baja y el caballo relinchaba, se negaba a seguir y al fin salía del camino al galope. Después el hombre oía lamentos lejanos como de un niño herido y entre esos lamentos una voz que decía:

*Ay, de la tarde que cae,
ay de la noche que se acerca.*

No sabía si era un ser humano o un coyote y aunque fuera un coyote no podía asegurar que se tratara del animal que acababa de ver o de otro. En aquella hora todo era confuso.

Ya en su casa, tenía el hombre en su recuerdo la mirada amarilla y baja del animal y se decía: “¿Era un perro, era un coyote, era un hombre?” Decidió renunciar a aquel camino y tomar el que se abría al lado, aunque tenía que dar un gran rodeo antes de llegar a su casa. Para regresar por ese camino

debía comenzar el viaje mucho antes y así y todo llegaba a su casa muy tarde.

El segundo camino hacía cinco años que lo había abandonado también porque oía un ruido que no podía aclarar ni explicarse. Era el ruido de un bastón golpeando sobre el camino como si un hombre avanzara apoyándose en él. Ni el bastón ni el hombre se veían, pero el ruidito continuaba y con el choque de la madera contra el suelo sonaba al mismo tiempo una chapita de metal que parecía estar clavada en el puño, pero floja e insegura. El hombre detenía el caballo y escuchaba aquel ruido que marchaba delante, siempre delante y siempre cerca. Se alzaba sobre los estribos para ver mejor y gritaba:

—Ah, el hombre del bastón. ¿Dónde estás?

El caballo y el jinete esperaban nerviosos. Tuvo que renunciar también a ese camino y aunque el de al lado, el tercero, era nada más que una senda y mucho más largo, desde aquel día regresó a casa por él.

Un día en un recodo de la senda halló una garza blanca que hablaba como una mujer. El primer día la garza dijo:

*La tarde ya no regresará
se quedará dormida o quizá muerta
debajo del agua,
sobre las lejanas piedras encendidas.*

El caballo partió al galope con la crin erizada. Después, siempre que regresaban por aquel camino el hombre iba pensando en la garza blanca y aunque estaba esperándola en cada revuelta cuando aparecía siempre se sobresaltaba.

Hacia ya cinco años que dejó aquella senda. Para encontrar otra debía andar antes media hora hacia el norte desde la plaza del mercado. Un día, a la misma hora confusa en que el aire, antes de ser negro del todo, toma cuerpo gris como la niebla o el humo, vió cruzar delante del camino un conejo, el mismo conejo azuloso que marcó la cara de la luna en tiempos de Quetzalcoatl. Decía el conejo la canción infantil de la luna sin cantarla, repitiendo sólo las palabras. Aquél era un signo siniestro y decidió regresar y buscar el quinto camino. “Sólo me quedan tres”. Y con una angustia creciente se apresuraba para llegar a casa antes de que fuera noche cerrada.

Halló el quinto camino, que era mucho más largo y le obligaba a salir del mercado más pronto aún. Fué por él muchas veces sin encontrar nada. Pero un día vió un hombre viejo sentado a un lado. El caballo se detuvo y alzó las orejas.

—Arre, mayoral —dijo el hombre clavándole la espuela.

Pero el caballo no avanzaba. El hombre del camino tenía dos ojos claros, grises, y tenía nariz, pero no tenía boca. Sin embargo, el hombre habló:

—El caballo no quiere pasar —dijo.

—¿Cómo hablas tú, hombre? ¿Cómo hablas si no tienes boca?

El hombre alzó la mano en el aire. Era una mano muy blanca y había en ella una boca con la que hablaba. El jinete pasó dando un rodeo, pero al día siguiente cuando vió al anciano sentado en un recodo del camino volvió grupa y regresó al mercado. Buscó otro camino, el sexto. Sólo le quedaban dos. Estaba seguro de encontrar algo también en el sexto camino y se decía: "¿Qué será lo que me espera en ese camino?" Encontró un árbol que en lugar de crecer, menguaba. Era muy grande, pero cada día disminuía. A los catorce días de pasar por allí vió que el árbol no era más que un arbusto y que tomaba forma humana y quería hablar. Oyó un susurro que podía ser el rumor de las hojas removidas y después como la mitad del estribillo de una canción:

*De mi madera las horcas
de mi madera...*

El jinete se dijo:

—Ya sé. En ese árbol un hombre se colgó hace dos semanas.

Resignado y triste buscó el séptimo camino. Sabía que ése era el último y que si lo perdía tendría que andar ya siempre fuera de camino porque los otros los habían robado los españoles.

Tuvo una idea que le pareció acertada. Quizá todas esas desgracias —que ocurrían siempre a la misma hora— no serían posibles a plena luz y decidió regresar antes, de modo que cuando llegara a su casa no se hubiera puesto aún el sol. "En lo sucesivo volveré siempre de día" —se dijo.

Por el séptimo camino —que era más largo aún— regresó una hora antes que por el anterior. Así lo hizo en los días siguientes, llegó a su casa antes de ponerse el sol y no encontró nada. Era feliz y regresaba cantando. Su piel fué perdiendo el color amarillo y se puso sonrosada y fresca. Supuso que podría andar por los caminos anteriores siempre que lo hiciera antes del anochecer, pero desde su casa oía a veces la risa de la garza blanca y el gemido del coyote.

Siguió regresando por el séptimo camino. En el mercado oyó un día la risa de una mujer que parecía la de la garza blanca y, sin embargo, era muy dulce. Fué con esa mujer a la choza donde ella vivía y allí se quedó una hora más tarde de la acostumbrada para partir, de modo que cuando volvió a su casa se ponía ya el sol. La bruma, como una luz turbia y apretada, se extendía por el valle. El jinete se veía a sí mismo andando por los caminos anteriores, encorvado sobre su caballo, envuelto en el sarape de cuadros negros, grises y blancos, que el viento ceñía contra su pecho. Se veía a sí mismo desconcertado frente al coyote dudoso, a la garza blanca, al hombre a quien la boca se le había pasado a la mano y al árbol que menguaba. Se veía a sí mismo en el otro camino oyendo el ruidito del bastón que caminaba solo y retrocediendo ante el siniestro conejo azul de la luna. Pero ahora estaba en el séptimo camino y se sentía más seguro con el amor de la mujer. Un día cuando se creía cerca ya de su casa el caballo se detuvo en seco:

—Vamos, mayoral.

Pero el caballo a pesar de sentir la espuela en el ijar retrocedía poco a poco. El jinete se alzó en los estribos y miró hacia adelante. No veía nada. El camino estaba despejado. Pero el caballo se negaba a avanzar. Desmontó y lo tomó de las riendas. Tiró de ellas, pero el caballo tiraba también hacia atrás. Entonces el hombre avanzó y vió en tierra, al lado de un cacto, un niño recién nacido, de rostro sonrosado. Iba envuelto en una pequeña manta blanca y al ver al hombre sonrió. El hombre movía la cabeza con piedad:

—¿Quién te ha abandonado aquí?

No pudo pensar que el niño estuviera completamente solo y subiéndose a una loma miró alrededor por la llanura. No había nadie. Gritó, haciendo bocina con las manos:

—Ehhhh!

Volvió al lado del niño. Sin saber qué hacer decidió por fin tomarlo en brazos y volvió en busca del caballo. El animal se negaba a dejarse montar. El hombre consiguió alcanzar con una mano el arzón de la montura y cabalgó de un salto. Seguía con el niño en los brazos, pero ahora feliz y sonriente.

El caballo andaba haciendo corvetas, negándose a avanzar o avanzando a saltos para volver a detenerse, obstinado. El jinete lo castigaba con la fusta. Por fin consiguió dominarlo y mirando al niño que parecía adormecerse pensaba: "Este camino trae sorpresas inefables, éste es el definitivo". Pero el crepúsculo se alargaba sin acabar de alcanzar la noche. Aunque debía haber llegado a su casa no veía delante sino el camino desierto y aquí y allá, en el viento quieto, pequeños remolinos de polvo a flor de tierra.

Espoleó al caballo, que aceleró el paso y mirando al niño le dijo:

—¿Quieres venir a mi casa? ¿Quieres vivir conmigo?

El niño contestó con una voz adulta, de persona ya entrada en la vejez:

—Sí, pero mira mis dientes.

Abrió la boca y mostró unos dientes amarillos y feroces como los de un viejo perro cabañero. El jinete lo soltó, el caballo dió un brinco al sentir aquel envoltorio rodando por las ancas.

Caballo y jinete echaron a correr hacia el poniente. El jinete oía detrás la risa de la garza blanca, el ruido del bastón y el ulular lastimero del coyote. La luna que se asomaba tenía en su cara el conejo azul y el arbusto le preguntaba detrás:

—¿Dónde está tú camino?

El jinete recordaba en la voz del niño la del viejo, cuya boca se había pasado a la mano. Perdido el último camino, jinete y caballo vagan desde entonces sin rumbo. Cuando los indios aguzan el oído en el atardecer oyen los pasos de ese caballo, siempre cerca y siempre lejos.

DEFENSA DEL HOMBRE

NADA más significativo que el cambio operado en las utopías, de medio siglo a esta parte.

El siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, fué pródigo en anticipaciones de épocas futuras. El estupendo progreso de las ciencias y de las distintas técnicas hacía presagiar épocas felices, en las que el hombre dejaría trabajar a las máquinas, y vacaría para menesteres más elevados. Recordemos las utopías de Julio Verne y la de tantos "novelistas científicos", con su ingenua confianza en los beneficios incommensurables de la ciencia futura; recordemos aquel *Looking backward* de Edward Bellamy, que leímos con fruición en nuestros años de adolescencia. Ciertamente que, en medio de estas visiones arrobadoras, un H. G. Wells nos inquietaba de pronto con sus anticipaciones rigurosamente controladas por sus conocimientos biológicos; pero si el porvenir que Wells describía era poco halagüeño, era una realización a tan largo plazo que no nos podía preocupar más que, por ejemplo, el inevitable enfriamiento de la tierra, de aquí a unos millones de años.

¿A qué se debe que las perspectivas del hombre, a través de la literatura utópica actual, sean espantosas? Constantemente se nos ofrecen visiones del hombre futuro que superan en horror a las mayores truculencias de la radio y la literatura barata; y lo tremendo de tales visiones consiste en que no provienen de imaginaciones diabólicamente desencadenadas, sino que responden a agudos análisis de la realidad presente y a la prolongación en el futuro de las líneas principales de tales análisis. No son más que la proyección, a un tiempo próximo, de elementos que ya actúan entre nosotros en forma todavía atenuada, pero cada día más amenazadora.

¿Cuál es la causa de este viraje tan radical? ¿Es que la ciencia nos ha defraudado, y se ha detenido a mitad de camino en sus conquistas? Nada de esto. Al contrario, las realizaciones científicas actuales son infinitamente superiores a lo que el hombre de 1900 podía imaginar. La causa estriba, a nuestro entender, en que la ciencia y la técnica han trabajado hasta ahora, exclusivamente, en favor del Estado y en contra del

hombre. Así como la nueva técnica industrial del siglo XVIII no favoreció en un comienzo más que al dueño de la máquina, y sumió al trabajador en la esclavitud, la nueva etapa de la ciencia y la técnica no han favorecido hasta ahora más que a esa nueva y terrible divinidad que el hombre se ha creado, y que amenaza devorarlo, el Estado moderno. La triste verdad es que la ciencia se ha puesto al servicio del Estado para completar la esclavitud, la sumisión del hombre; y las nuevas armas con que lo provee cada día son de un poder aterrador.

Se dirá que siempre el Estado ha ejercido un poder de coacción contra el hombre, y que esta coacción ha tenido a menudo los caracteres más trágicos. Es verdad. Es cierto que ha arrojado a los hombres a las fieras, los ha ahorcado, decapitado, descuartizado, quemado vivos, cuando las ideas que esos hombres sustentaban ponían en peligro su poder y sus privilegios. Pero la diferencia estriba en esto: que esos hombres morían por sus ideas e ideales, y lograban transmitirlos a otros hombres, que a su vez padecían por ellos. Las palabras, los gestos, las ideas, los libros, quedaban como testimonios en los que se apoyaba la fe de los continuadores.

Ahora no. La ciencia ha puesto a disposición del Estado los medios de destruir las ideas, los libros, el conocimiento de los actos heroicos. Sarmiento pudo crear, hace un siglo, que las ideas no se mataban. Ahora sabemos que las ideas se matan, y que los ideales pueden ser destruidos en el seno de los hombres que los sustentan. La ciencia en manos del Estado puede hacer decir a un hombre que dos y dos son cinco —siempre lo ha podido—, pero la novedad es que puede ahora hacerle creer que dos y dos son cinco. Puede hacerle abjurar de sus ideas e ideales y hacerle creer sincera y profundamente en los que al Estado le convengan. El mártir de otros tiempos moría dejando el ejemplo de su martirio y poniendo a salvo sus ideas; esto es lo que ha permitido al ideal de libertad el irse salvando de todas las vicisitudes históricas; ahora el Estado no se limita a suprimir el individuo peligroso, sino que antes le convierte al credo oficial; el verdugo se hace bendecir por la víctima.

Esto es lo que da su carácter horrendo a las nuevas utopías, a *1984*, a *Brave new world*, a *Ape and essence*, y además el hecho de que estas anticipaciones no inventan ni crean nada.

Todo lo que nos cuentan lo tenemos ya, y lo estamos presenciando.

El peligro de que nos advierten es tremendo, quizás el mayor que jamás ha amenazado al hombre, porque si éste no reacciona, dentro de una o dos generaciones todo estará perdido. Las poderosísimas fuerzas del cine, de la radio, de la televisión, del diario, de la escuela, todas las innumerables creaciones de la técnica, puestas en manos del Estado, cada día más absorbente, más ubicuo, acabarán con toda posibilidad de rebelión del hombre. Será éste el espantoso Beta, o Gamma, que nos muestra Huxley, o del desdichado burócrata de *1984*.

¿Qué hacer contra esta marea? ¿Cómo podemos todavía defendernos? Se nos ocurre un método: que la ciencia se ponga a trabajar “también” para el hombre, que lo provea de medios de defensa contra las fuerzas terribles que hoy lo doblegan. En los gabinetes, en los laboratorios, los científicos deberán ponerse a imaginar esos medios. Es difícil predecir cuáles serán, pero tienen que ser inventados, y pronto.

He aquí uno que se nos ocurre: todas las historias de corte romántico que hemos aprendido, nos hablan de “fermentos de libertad”. Gracias a esos “fermentos”, nos dicen, los pueblos americanos se libertaron de las madres patrias, etcétera. Pues, bien, ¿por qué no producir esos fermentos sintéticamente en los laboratorios? Serían algo así como virus filtrables, contra los cuales la ciencia “oficial” sería impotente. Penetrarían en el cerebro de los hombres, los trastornarían, les harían entrever que el “orden” oficial no es el único posible, que el hombre puede tener un resquicio de libertad; esos virus atacarían a todos, hasta a los mismos esbirros del Estado, y pondrían en peligro su “estabilidad”. O pueden inventarse sustancias químicas, ondas ultrapotentes, medios de transmisión inatajables, y otras cosas, mediante las cuales puede iniciarse la defensa del hombre. La lucha será larga y terrible, pero sabemos hoy que no puede ser eludida. Dentro de un par de generaciones, las mismas palabras “lucha” y “libertad”, serán tan incomprensibles, en su sentido actual, como si se oyesen en chino.

LA PIEDAD Y LA LUCHA EN HORACIO QUIROGA

A UN hombre tan limpio de pegajoso sentimentalismo como capaz de ternura verdadera, no podía escapársele —ni en su perfil ni en su profundo alcance— ese aspecto, el más común del paisaje humano: la fatiga y el dolor injusto, esto es, la suerte de los muchos que deben trabajar como meros brutos para que unos cuantos puedan vivir como meros parásitos.

A decir verdad, Quiroga sentía mordido su corazón ante el dolor humano, cuyo solo responsable es la fatalidad. Recuérdese: *Los desterrados*, *Los inmigrantes*, *El desierto*. En el relato, *Los perseguidos*, el magistral psicólogo revela, casi al descuido, el motivo primero de su interés por el protagonista: “una honda ternura por Díaz Vélez”. No se muestra menos inteligente del dolor animal: “el pobre caballo, en cuyos ijares era imposible contar el latido, tembló agachando la cabeza y cayó de costado”.

Pero cada vez que daba con ese pringue del infierno que es el interés venal de unos pocos —bajo su consabida capa de merengue moralista o beato-patriótico— como *deus ex-machina* del sufrimiento humano, el hombre y el artista se confundían en un solo estremecimiento que iba hasta la médula: *Los mensú*. *La bofetada*, *Los precursores*, etc.

Tal vez ni él mismo, pese a su indomable vocación de hombre libre, se dió entera cuenta de lo más decisivo: que tanto le hubiera repugnado ser esclavo como patrón de esclavos.

En *Los pescadores de vigas* asistimos al valiente aumento de sueldos de una compañía industrial para estimular el trabajo más o menos suicida de los peones bajo un diluvio sin fondo. “Los peones, calados hasta los huesos, con su flacura en relieve por la ropa pegada al cuerpo, despeñaban las vigas por la barranca”. “Y luego los esfuerzos malgastados por el barro líquido, la zafadura de las palancas, las costaladas bajo la lluvia torrencial. Y la fiebre”.

En *Los mensú*, quince páginas que equivalen las doscientas de una buena novela, están denunciados para siempre, de un lado, el trabajo suntuosamente brutal de los peones, que pide un desquite no menos brutal de placer en las pausas del resuello, y, del otro, la ley faraónica que da al obrero enfermo la opción de morir quemado por las balas en la fuga o por la fiebre sobre el surco.

Pero Quiroga es un temperamento cuantiosamente vital, un alma asertiva y afirmativa, ello es, un hombre apto como pocos para sentir la belleza del desafío y la lucha. El relato en que cuenta el empeño casi feroz de un oficial ruso cardíaco por cumplir en Misiones la apuesta hecha en San Petersburgo “que un hombre es libre de su alma y su vida donde él quiere y como quiera”, se llama justamente *La voluntad*. Quiroga siente de tal modo la capacidad dilatadora y redentora de la voluntad humana, que en sus cuentos figura ella como una terrible musa capaz de transfigurar en héroes a seres más o menos vulgares. Así en *Un peón*, *El monte negro*, *Los fabricantes de carbón*. Así desde el padre de *El desierto*, que muere por no desamparar un instante a sus hijitos, y desde la mujercita que rema una noche entera sobre el Paraná para salvar a su marido emponzoñado, y desde Candiyú, el tiburonesco pescador de vigas desplegando el más tozudo y desaforado esfuerzo (más profundo que el de muchos hombres de guerra), sorteando la muerte una vez y otra... todo por pagar, a costo leonino, un fonógrafo cualquiera, hasta el pintoresquísimo y formidable Jao Pedro, el negro soldado —general-baqueano— bandido, todo en uno y de la mejor calidad, hasta Anaconda con su plan de atajar la subida de los hombres por el Paraná, descargando en él, sobre el lomo de la inundación, todo el Trópico despedazado.

A Horacio Quiroga no lo veremos nunca como un dulzaino del hedonismo o del optimismo, pero tampoco amargado o escéptico. Más: contradiciendo su fama (no del todo inmerecida) de cónsul del misterio y el escalofrío, llega con no escasa frecuencia a mostrarse optimista en el único sentido persuadible: el de la parca felicidad lograda a través de la lucha, la renuncia, la paciencia o el azar: *La meningitis y su sombra*, *La guerra de los yacarés*, *El paso del Yabebirí*.

Y ello habla claro no sólo de la iluminada profundidad de su visión sino de su poderoso equilibrio, de la salud fundamental de su espíritu y su corazón.

Nunca va tampoco a lo grotesco o a lo horrible por amor a ello, sino en busca de una verdad secreta, que, si bien terrible, puede servir mejor a la salud que el ocultamiento piadoso o la evasión falaz. Cuando ahonda el misterio del terror o la locura no es precisamente para aplastarnos o deprimirnos, sin duda, sino para alumbrar un poco más nuestro abismo; para patentizar de qué milagro de equilibrio están hechas la salud y la serenidad del hombre. A fuer de psicólogo nato, él sabe, por ejemplo, que como primer encargado de defender la vida, no hay sentimiento más modular que el miedo; pero también sabe que su contragolpe, el coraje, ese puro vencimiento del miedo, es el más glorioso estímulo de la energía humana.

Traeré una sola muestra de la virtud inevitablemente educadora de su arte, según ocurre con todo arte de verdad, como aclaró Goethe. En *El infierno artificial*, (que no es el paraíso de los literatos de la languidez finisecular), Quiroga concreta en unas cuantas páginas, la todopoderosidad del vicio que reduce a papilla la dignidad, el sexo y el amor del hombre, con tan iluminadora intensidad, que aquello equivale a quintales de prédica moralizante.

★

LOS POEMAS SOLARIEGOS DE LUGONES

SON EL producto de una inteligencia disciplinada, flagelada en el arte más exigente y viril; casticísimo y argentinísimo, como Sarmiento y Lugones, solos, han podido serlo hasta hoy. Es original hasta donde el buen gusto lo permite, y aun en el frenesí de la metáfora, la norma metálica de una irritable sensatez le conserva en el atlético dominio de sus fuerzas. Nunca el ritmo ni la rima, en él dos alas nuevas, le obligan a debilitar la expresión, ni el abandonarse a la confianza de que ya la rima espléndida es un buen fin, de cualquier modo. No se le sorprenderá en la indolencia de un símil común, ni en la fatiga de una imagen frustrada o mostrenca; que él tiene la sensibilidad del nervio vivo bajo su piel de tigre y, además, no sé qué hipertrofia de los órganos ópticos que le impone, con fatalidad de delirio lúcido, ciertos aspectos soslayados e inversos que no alcanza la vista normal. Pero, no obstante —y esto es lo curioso—, la retina homérica más sana y fiel que pueda imaginarse.

“Los Burritos”, “Salutación a Enbeita”, “El Almuerzo”, “El Traspatio”, “El Arpista”, “Juan Rojas”, “El Encuentro”, son composiciones extraordinarias cuyo análisis daría las líneas fundamentales de la personalidad literaria de este formidable poeta, que tan aislado se levanta en la literatura hispanoamericana y tan parejo a los más grandes de otras hablas.

La originalidad y el humorismo hacen de su poesía el equivalente en arte, de lo que en el orden de las ideas se ha dado en llamar paradoja y en el de la filosofía, paralogismo. Su concepción, de índole esencialmente plástica, sobresale en la ciencia de unir los desemejantes por, casualmente, la analogía única que no habíamos visto; y es de la calidad de las del mejor Homero, sobre un solo plano, sin las depravaciones a que otros solemos someterla en una proyección metafísica. Esto es lo que falta en Lugones y quizá sea su mayor virtud, porque termina el juego de sus imágenes allí donde quedan legalmente agotadas, que es en su inmediata realización.

Con robusta confianza en sí mismo, *Poemas Solariegos* se coloca por natural articulación entre *El Libro de los Paisajes*, de arte magnífica, y *Odas Seculares*, de substancia abundante. Sobre el último tiene, empero, cierta mayor flexibilidad en su sano humor, por el corte en que proyecta los temas y acaso por el olvido de aquella máxima tensión que obligaba a cada verso al esfuerzo permanente de superar el anterior. Sólo "Salutación a Enbeita" nos vuelve a mostrar al poeta vigilándose a sí mismo, cuidadoso de que en las falanges del poema todos los versos, uno a uno, tengan la misma gigantesca estatura y las armas completas.

Como todos sus anteriores libros, éste requiere lector adecuado y proporcionado. Es preciso estar en ciertos secretos de magia fáustica, de haber intentado el largo y lento ejercicio de domesticación de la idea hasta que se somete a la poesía, para evaluar lo que en sus composiciones, precisas e irreprochables, hay de proeza de léxico y de originalidad de imágenes. Y haber rebuscado en laboriosa pesquisa un giro nuevo o un acierto de lenguaje, para apreciar en cuanto merece este tumulto de arteria rota que tiene su pensamiento.

Es lógico que la crítica sería permanezca en su habitual sordomudez a la aparición de cada libro de Lugones. Quien tenga el hábito de espigar en las colinas, advierte que por cualquiera de sus libros se llega a una mina de cuantiosa riqueza; que no es posible hablar de un libro sin relacionarlo con la obra total, y que un estudio de su poesía aunque somero, exige trabajo y magnitud enormes.



MEMORIA

*Pasadas noches, pasados días,
hablan ahora en mi garganta. Recordar
es pedir el instante más cierto,
el secreto aposento de la sangre.*

*Fatigas que el año disimula,
mentiras que el tiempo ha soslayado,
signos, palabras, cosas
para colmar los pozos del vivir . . .*

*Como los viejos rendidos, así estoy,
entibiado en el hogar último de algo
que bendice lo antiguo. Narraciones,
narraciones de mí mismo me abrazan,
me dan los rostros que tuve, compadecen
mis ardientes rodillas, secretamente dadas
al suelo, tantas veces.*

*Todo es lento y sombrío
en esta resignación que concluye un esfuerzo
como la vieja, vasta derrota del sol
en la colina del ocaso.*

*No indago el murmullo de otros hombres,
ni advierto la corona del día que asciende
sola en el tiempo; ni acoso
ni venzo a la penuria que golpea mis cosas.*

*Sólo al final,
cuando la huida más torpe
se apresta a avergonzar mi batalla de hombre,
algo en lo profundo me abraza,
algo se empeña, en mí, nuevamente,
y sobre mis desoladas llanuras construye otra patria,
me devuelve las tercas,
injuriadas palabras del valor.*

UN CASO DE INJERTO SOCIAL: DANIEL DE LEÓN

DE varias naciones iberoamericanas, desde México a la Argentina, salieron en el siglo diecinueve algunos hombres excepcionales que se realizaron en otros países e idiomas, lejos del ambiente inadecuado en que les tocó la suerte de ver la luz primera. Estos hombres, de suyo extraordinarios —sabios, artistas, políticos— no hicieron después de todo más que reintegrarse a las metrópolis de su formación mental. Podría intentarse una larga lista de inteligencias de tal naturaleza, principalmente, dentro del campo literario, empezando por José María de Heredia, cuyo libro *Les Trophées* ha quedado clásico. Lo raro es que a tema tan importante y de tanta trascendencia social, nadie le haya dedicado todavía entre nosotros un estudio dentro y fuera de las bellas letras.

El caso del líder socialista Daniel De León, nacido en Curazao en 1852, es sin duda el más extraño de todos. No obstante, haber hecho sus estudios en Leydén, De León, no se queda en Holanda ni pasa a España, donde tan necesario era un temperamento filosófico y revolucionario como el suyo, sino que recalca definitivamente en Nueva York, la ciudad que contribuyeron a fundar sus remotos abuelos. Allí empieza por publicar un periódico en defensa de la independencia de Cuba mientras se gradúa de abogado en la Universidad de Columbia. Allí vive también, después, dedicado a la enseñanza del latín y del griego lo mismo que de las matemáticas.

En 1883 su carrera profesional lo lleva a ocupar una cátedra en la propia Universidad de Columbia; pero en 1889 es separado de ella por sus ideas socialistas. Un año antes, De León había formado entre los *Knights of Labor*, los primeros intelectuales americanos que se unieron a los obreros en su lucha emancipadora. Por entonces Henry George fué elegido alcalde de New York. Era el tiempo en que las teorías socialistas, en su faz utópica, despertaban el interés de pensadores como Edward Carpenter y otros.

De León, a fuer de discípulo de Marx, no se ilusiona con esta clase de socialistas y a principios de 1890 ingresa en el *Labor Party*, formado en su mayoría por emigrantes alemanes. A tal punto es foráneo todo en aquel medio, que su periódico oficial, como el contemporáneo *Worwaerts*, de Buenos Aires, aparece redactado en alemán. Mas, bajo la certera dirección de De León este periódico no tarda en salir en inglés. Primero, semanalmente, y luego como diario, *The Weekly People* y *The Daily People* duraron, uno tras otro, hasta la muerte de De León, ocurrida en 1914.

A lo largo de un cuarto de siglo, pues, el movimiento socialista norteamericano fué orientado, en parte, al menos, por este hombre del todo excepcional, venido de otra cultura, es cierto, pero totalmente identificado con el espíritu del nuevo mundo.

A pesar de la desproporcionada mezcla de sindicalismo y de socialismo revolucionario que Daniel De León predicó a los trabajadores, haciéndoles ver con ajustada imagen de poeta, en el primero, todo el largor de la lanza, y, en el segundo, sólo su punta cortante y aguda, su ideal no era el vitalicio secretariado laborista.

Como auténtico tribuno del pueblo, dentro de la gran tradición romana, De León se alza sobre las incipientes masas industriales para enseñarles que la liberación económica de su clase como tal no es posible sin un rompimiento absoluto con la ideología burguesa.

Del punto de vista de los intereses británicos, les dice a los obreros norteamericanos, Jefferson, el prócer de la independencia nacional, no hizo otra cosa que expropiar a los expropiadores, aunque sin sacar, es claro, las últimas consecuencias de su actitud. Por eso justamente fué vencido por Hamilton, que decía a los burgueses: "El pueblo es un gran animal". Y también: "Los vicios de los ricos son más favorables a la prosperidad del Estado que las virtudes de los pobres".

En una conferencia sobre "Reforma y Revolución", pronunciada por el joven líder socialista, en Boston, a comienzos de 1896, asoma una comparación de origen más remoto. El orador se refiere a Pizarro y a la conquista del Imperio de los Incas con 115 hombres decididos. He aquí su texto en inglés, antes de su traducción, para evitar cualquier equívoco:

That empire of the Incas is to-day the Capitalism, both in point of its own inherent weakness and the strenght of its position. The army that is the conquer it is the army of the proletariat, the head of whose column must consist of the intrepid Socialist organization that has earned their love, their respect, their confidence.*

De no haber tenido Daniel De León ascendencia hispánica, es posible que su símil acerca de la decisión conquistadora fuera otro más común, y no el que desarrolla en la sorprendente media página sobre los hijos del Sol.

Pero esto no es más que conjetura. Tal vez valga la pena señalar de fijo una referencia igualmente adversa al Icanaio y a su pasividad en el último capítulo de *La tierra purpúrea*, esa extraordinaria novela del anglo-argentino, W. H. Hudson, escritor de lengua inglesa como Daniel De León, pero nacido a orillas del Plata. A Hudson se le deben también algunas reflexiones sobre la política venezolana de la postemancipación en el introito de su todavía más extraordinaria novela de la selva, *Mansiones verdes*, vertida a nuestro idioma por Ernesto Montenegro. Pero éstos son los únicos puntos en que coinciden.

Daniel De León sin dejar de ser un artista fué sobre todo un teórico y realizador del socialismo. Asistió como representante del proletariado neoyorquino a varios congresos internacionales y en ellos estuvo entre los primeros social-demócratas que reaccionaron contra el presunto heredero de Marx y Engels en Europa: Karl Kautsky.

No era por cierto De León un marxista vulgar. Sólo las circunstancias hicieron de él un maestro de tal ideario en los Estados Unidos a fines del siglo XIX.

Orador elocuente y persuasivo, la mayor parte de la obra de De León tiene carácter efímero; pero se distingue tanto por su método como por su claridad de los adocenados expositores universitarios del sistema. En tal sentido, Daniel De León es el único adalid americano anterior a Mariátegui que merece

* El imperio de los incas es hoy el capitalismo, tanto desde su propia inherente debilidad como de la fuerza de su posición. El ejército que ha de conquistarlo es el ejército del proletariado, cuya vanguardia es la intrépida columna de la organización socialista en la que ha depositado su afecto, su respeto y su fe.

un lugar destacado en el panteón del socialismo contemporáneo. El peruano se le parecía en mucho; desde su gran fineza mental hasta su entusiasmo desinteresado por llevar sus principios a la práctica mediante una implacable autodisciplina.

A tantas millas del escenario en que le tocó actuar a Daniel De León, es difícil medir la influencia de su verbo en la marcha del tardío movimiento socialista norteamericano. Por lo pronto, contribuyó desde un comienzo a contrarrestar la nefasta influencia de Samuel Gompers y otros jefes obreros acomodaticios. Por su falta de oportunismo, De León estuvo siempre un poco aislado, en minoría, dentro de su propio partido. Veía no sólo más lejos que los burócratas sindicales, sino también antes que ellos. Así planteó la reestructura socialista de la sociedad sobre una base de agremiación por industria, encabezando él mismo, como pionero, el movimiento que se conoce bajo el signo de la I. W. W., movimiento que tuvo su eco en Chile y otros países, fuera de los Estados Unidos.

En Nueva York perdura todavía un grupo de leonistas fieles que publican un periódico y reimprimen año a año sus panfletos de propaganda. Pero si es verdad que la recia personalidad del antiguo profesor de Columbia emerge poderosa de más de una de sus páginas, ellas no han formado, hasta donde alcanza nuestra información, otro líder de su importancia.

Cuanto a sus seguidores ocasionales, esos vagos "dobleús" que ha pintado John Dos Passos en sus primeras novelas, apenas si saben algo de Daniel De León, pues, como buen profeta, éste murió sin tocar la tierra prometida...

En Rusia sólo se supo de la obra de De León después de la Revolución de Octubre. John Reed asegura haber oído manifestar a Lenin que aquel norteamericano adoptivo era uno de los más grandes socialistas modernos y el único que había agregado algo al pensamiento de Marx. A juicio del caudillo ruso, el Estado industrial concebido por De León era un anticipo de la forma soviética en los primeros tiempos. Esto último lo hizo constar Lenin, negro sobre blanco, en uno de sus discursos.

Según Arthur Ransome, otro de los periodistas americanos que fueron a Rusia en 1918, Lenin se interesaba mucho en la obra de Daniel De León. Al parecer, proponíase hacerla

traducir al ruso y prologarla con un ensayo que pensaba dedicarle para el quinto aniversario de su muerte. Desgraciadamente, Lenin no llegó a escribirlo; pero a los pocos años de su deceso, L. G. Raisky, profesor de la Universidad de Leningrado, publicó un largo estudio acerca de Daniel De León, y la lucha contra el oportunismo en el movimiento obrero norteamericano. Sin embargo, el trabajo más notable sobre Daniel De León sigue siendo el *Symposium* de más de trescientas páginas que organizaron sus amigos y discípulos de Nueva York. El más constante de ellos, Arnold Petersen, le ha consagrado posteriormente todo un volumen apologético bajo el título de *Daniel De León: Social Architect*.

Desde un punto de vista menos sectario, Waldo Frank dedica al viejo líder de los trabajadores industriales una viñeta muy sugestiva en su novela *Death and Birth of David Markand*, fuera de un artículo en *Commentary*, titulado "La lección de Daniel De León", que salió asimismo en los Cuadernos Americanos de México.

Sin duda el reconocimiento más valioso de un artista plástico se debe a Diego Rivera, que pintó a De León con un libro de Marx en la mano en uno de los murales de la *New Workers School* de Nueva York.

Por mi parte, dentro del panorama social que permite cada vez menos distingos entre el Norte y el Sur, me limito a señalar el caso de Daniel De León entre aquellos escritores o filósofos, como Santayana, que se realizaron lejos de sus países nativos y en una lengua extraña. Pues, igual que su ilustre homónimo de Salamanca, éste De León descendía de una familia catoliquísima, según recuerda él mismo.



IZQUIERDISTAS Y DERECHISTAS O PACIFISTAS Y GUERREROS

El señor Julio Salcedo C., Vicepresidente de la Alianza de Intelectuales de Chile, nos ha hecho llegar el siguiente artículo que publicamos en extenso, aun sabiendo que, a la diestra del Mariscalísimo, los comunistas consideran la libertad de opinar en prejuicio burgués.

BABEL publica en su edición del primer trimestre de este año, una traducción de un artículo de que es autor David Spitz, Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Ohio y que intitula "Los Comunistas y la Izquierda". Soy lector y suscriptor de BABEL y no soy de aquellos hombres que se alarman, porque en una revista, de la naturaleza de BABEL, se publiquen artículos que tienen tendencia política. Muy por el contrario, creo que en los días que vivimos, es más necesario que nunca que los hombres de cultura exhiban sus pensamientos para entregarlos a la libre discusión de sus lectores. Es esto muy útil, aunque sabemos que los polemistas, generalmente, no modifican sus pensamientos después de un cambio de ideas. Los que ganan con las polémicas, son los lectores que están en condición de escoger lo mejor que vierten los polemistas en sus artículos.

Es necesario, sí, para el buen éxito de estas discusiones, que hayamos aceptado previamente, la "invitación a comprender" que lanzó Ortega y Gasset en su ensayo sobre *La Deshumanización del Arte*. Busquemos la verdad sin prejuicios. Reconozco que los abogados, por razón de su oficio, son individuos que deben, previamente, formularse una verdad a priori y en seguida buscar las razones para comprobarla. Es éste un método a todas luces anticientífico, pues lo lógico es reunir previamente hechos y verdades para sacar de ellos las conclusiones correspondientes.

David Spitz sostiene que los comunistas no son ya hombres de izquierda. Dice textualmente: "No son demócratas sino totalitarios, no son rebeldes, sino conformistas, no son luchadores por la libertad y el bienestar económico del hombre común, sino adalides de una nueva esclavitud y de una nueva clase privilegiada".

Para saber si los comunistas son, o no, actualmente izquierdistas, es necesario averiguar qué comprende este concepto de "izquierda" y sus derivados. Trataremos de escarmenar en la palabra y buscar afanosamente, cuáles son las condiciones que caracterizan al "hombre de izquierda", o "posición de izquierda" en la lucha política, social y económica que sostienen los hombres contemporáneos.

Seguramente, la denominación de hombres, o ideas "de izquierda" viene de muy atrás. Dios, el día del juicio final, colocará a su diestra a los hombres buenos, a los que se hayan hecho acreedores, por su buena conducta en la tierra, al premio eterno e inefable del cielo. Y en

la siniestra, estarán los malos, los rebeldes, los merecedores del fuego perpetuo de los infiernos. ¿Por qué Dios tiene reservada su derecha para los buenos y la izquierda para los malos? ¿Por qué no la izquierda para los buenos y la derecha para los malos? Sencillamente, porque Dios no es zurdo. La izquierda es la mano torpe del hombre y de ahí es que reservemos el lado derecho, en las mesas y en los presidium, al huésped ilustre. De aquí se deduce también que el hombre no es hecho a semejanza de Dios, sino que Dios es hecho a imagen y semejanza del hombre. Es indudable que el origen de la acepción "izquierda" viene de ahí y corresponde a los malos, a los rebeldes a las leyes divinas.

Por natural extensión, se ha dado en llamar "Hombres de Izquierda" a los individuos que se rebelan en contra del "orden social" y propician reformas. Como el orden social actual está establecido en beneficio de los poseedores de la fortuna, los hombres de izquierda son amigos de los pobres y enemigos de los ricos y propician una nueva organización de la sociedad en la que desaparezcan las injusticias del orden actual.

A primera vista parece que el problema es muy fácil y que con lo que hemos dicho ha quedado perfectamente demarcado el concepto de "izquierda", pero, si penetramos un poquito en nuestros pensamientos, vamos a constatar, también muy fácilmente, que el problema no es tan sencillo.

En efecto, ¿qué quieren los hombres de izquierda? ¿En qué se distinguen de los hombres de derecha? ¿Cuáles son las reformas comunes a la sociedad que propician los hombres de izquierda? ¿Qué quieren, qué pretenden, los hombres de derecha? ¿Cuáles son las ideas comunes, el *mínimum* común denominador de los ideales de los hombres de izquierda y de los hombres de derecha?

Siguiendo el método de Spitz, vamos a analizar cada una de las especialidades que él cree advertir en ambos grupos.

I. Frente al orden social. Desde luego, el hombre de izquierda, propicia la reforma del orden social actual y el hombre de derecha, podría creerse, a *contrarius sensus*, que propicia la conservación del *statu quo* social. Respecto al hombre de derecha, esto es un error, pues hay muchísimos hombres de derecha y grupos formados por estos hombres, que tampoco están satisfechos con el orden social actual y quieren modificarlo. Los "reaccionarios" tienen muchas críticas que hacerle al orden social en que viven y quieren que "se vuelva atrás". Ellos sostienen airadamente que el abandono de las viejas prácticas del pasado es lo que tiene sumido al hombre moderno en el caos y que éste no saldrá de ahí mientras no regrese a los antiguos principios de autoridad, de respeto para los gobernantes, de temor a Dios, de restricción de licencias, de abuso de la intervención del Estado en las actividades privadas, de coartación de ciertas libertades del individuo.

De esto deducimos que no se puede, simplemente, sostener que los izquierdistas son los que quieren la reforma del régimen, ya que los derechistas también la desean. Podríamos decir que los izquierdistas quieren la reforma hacia adelante y los derechistas son los que la quieren hacia atrás, ya que, en buenos cuentas, nadie, ni izquierdistas ni derechistas, están conformes con el *statu quo* social económico; pero,

¿cuáles son entonces las ideas que caracterizan y distinguen a izquierdistas y derechistas?

II. En Relación con la Propiedad Privada.—Los izquierdistas propiciarían la abofición de la propiedad privada y, en consecuencia, el régimen socialista, y los derechistas, la conservación de este derecho.

En primer lugar, podemos decir que el principio de conservación de la propiedad privada, o de su abolición, no es un principio común ni a todos los hombres de izquierda, ni a todos los hombres de derecha. En nuestro país, como en muchos otros, hay partidos que se llaman de izquierda, como el Partido Radical, por ejemplo, que, como grupo, no aceptan la abolición de la propiedad privada. Mucho más, hay numerosos individuos radicales que son grandes terratenientes y que tienen un concepto sobre la propiedad que no difiere en nada del concepto que de ella tienen los miembros de los partidos más reaccionarios de Chile.

Ante este hecho evidente, tendríamos que modificar nuestras afirmaciones y decir: "los izquierdistas son los individuos que no aceptan el primitivo concepto sobre la propiedad privada formulado en el precepto jurídico latino "jus fruendi, jus utendi y jus abutendi", esto es, el derecho al uso, al fruto y al abuso, y quieren modificarlo poniendo la propiedad privada al servicio social. Los derechistas, por el contrario, son los que no aceptan modificación alguna al concepto romano de la propiedad".

Si analizamos esto, veremos que también es un error. En efecto, los hombres de derecha aceptan y propician restricciones al antiguo concepto de propiedad privada. Ellos admiten, por ejemplo, que el estado fije el precio del trigo restringiendo así el derecho de propiedad. Más aún, los hombres de derecha aplauden ciertas expropiaciones. Así por ejemplo, cuando alguno de los Gobiernos Sudamericanos ha eliminado a numerosos diarios del pueblo, valiéndose para ello de las más flagrantes violaciones al derecho de propiedad, la derecha ha silenciado o ha aplaudido estas medidas. Es claro que si algún Gobierno pretende restringir el derecho de propiedad, en perjuicio de "sus" intereses, la derecha internacional organiza la más vocinglera protesta contra "este atropello al sagrado derecho de la propiedad privada y de las libertades públicas".

El fascismo (no sabemos si el profesor Spitz pone al fascismo en la siniestra o en la diestra de Dios) propicia una serie de restricciones al derecho de propiedad que tienen por objeto la limitación de la pequeña propiedad, del pequeño comercio y de la pequeña industria, para fortalecer extraordinariamente los trusts y los monopolios.

A todo esto hay que agregar que hay hombres de derecha, los conservadores chilenos, por ejemplo, que tienen conceptos muchísimo más progresistas que innumerables miembros del Partido Radical, del Partido Demócrata y de otros partidos que militan en la izquierda, lo que nos obliga a decir que el concepto sobre la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, no nos sirven para encontrar el *mínimum* común denominador de las ideas y pensamientos que distinguen al hombre de izquierda del hombre de derecha.

III. La Libertad. Según el profesor Spitz, la actitud de los hombres frente al concepto de la libertad individual sirve para distinguir

a los hombres de izquierda de los hombres de derecha. La derecha es liberticida, ellos quieren la restricción de la libertad bajo varios aspectos. Restringen, por ejemplo, la libertad de los trabajadores para asociarse libremente en sindicatos, la libertad de emisión del pensamiento, la libertad electoral, etc. Los izquierdistas por el contrario, aman la libertad proclaman los derechos del hombre y quieren que éstos vivan en un mundo libre.

Veamos si esto es cierto. Los derechistas, en verdad, son enemigos de una serie de libertades cuando ellas son concedidas a los trabajadores, pero son extraordinariamente libertarios cuando estas libertades los benefician. Son enemigos a outrance de la intervención del Estado cuando ésta se ejerce en perjuicio de su libertad de comercio y de empresa, pero la aceptan cuando esta intervención favorece sus intereses. No quieren el "Estado policial" en la economía privada, pero, celebran el "Estado policial" cuando éste se ejerce en contra de las libertades públicas de los trabajadores. Restringen la libertad de prensa y de emisión del pensamiento, cuando estas libertades se ejercen para atacar el statu quo social, pero ponen el grito en el cielo cuando la autoridad pone mano en sus diarios, revistas y periódicos.

Hombres de izquierda, como los del Partido Radical, dieron su apoyo en Chile a la Ley de Defensa de la Democracia, que, indudablemente, es el cuerpo de leyes más liberticida que existe en país alguno de los llamados democráticos.

Además, es indudable que numerosos hombres de izquierda propician la restricción de la libertad individual en beneficio colectivo. Todos los partidos de izquierda llamados "de avanzada", son de tinte socialista y, por ende, quieren el robustecimiento de la autoridad del Estado en desmedro de la libertad individual.

El más ligero análisis sobre estas materias nos lleva a la conclusión que la actitud de los hombres frente a la libertad individual no nos sirve para distinguir a los hombres de izquierda de los de derecha.

IV. *La Religión.* Los hombres de derecha defienden la religión y los hombres de izquierda son antirreligiosos o arreligiosos.

Esto es un error evidente, a pesar de que creemos que Augusto d'Halmar tenía razón cuando afirmaba: "cuando regreso a mi país, o a cualquier otro, después de larga ausencia, fácilmente sé donde ubicarme. Averiguo en qué barricada está la Iglesia y me sitúo en el bando contrario y sé que estoy al lado del pueblo".

Pero, es evidente que muchísimos hombres religiosos son más progresistas que algunos ateos. Esto no necesita demostración. Hubo un tiempo, a principios de este siglo, en Chile, en los días de la visita de Monseñor Sibilla, en que ser hombre de izquierda era imperativamente ser librepensador, pero hoy, repetimos, hay innumerables hombres religiosos que tienen ideas infinitamente más progresistas y que están mucho más cerca del pueblo, que numerosos librepensadores. En el Partido Liberal chileno, hay muchos ateos y en el partido Social Cristiano, hay muchísimos que son anticapitalistas y aún socialistas sinceros y convencidos. Es evidente que la actitud del hombre frente a la religión tampoco nos sirve para identificar la izquierda de la derecha.

Debemos llegar necesariamente a la conclusión que la división entre hombres de izquierda y de derecha, hoy en nuestros días, es una concepción trasnochada.

Consecuencialmente, si el concepto de izquierda no está delimitado, es arbitrario sostener que los comunistas, o cualquier otro grupo político, se encuentre dentro o fuera de la izquierda.

¿Cuáles son las razones que da el profesor Spitz, para sostener que los comunistas no son hombres de izquierda?

Sostiene Spitz, y ello es indudable, que los comunistas no tienen un comportamiento uniforme universal. Así, en la Unión Soviética, son partidarios del reforzamiento de la autoridad del Gobierno y en Estados Unidos y en los demás países capitalistas, abogan por la ampliación de las libertades individuales; en Checoslovaquia, los comunistas se habrían opuesto a la semana de trabajo de cinco días y en los países llamados "occidentales", abogan por la disminución de las jornadas de trabajo de los obreros y empleados; en la Unión Soviética, los comunistas son conformistas, defensores antes que agresores del statu quo social y fuera de ella, son revolucionarios y quieren transformar el orden establecido; en los países que quedan fuera de la órbita soviética, los comunistas afirman que la huelga es un derecho sagrado de los trabajadores y en la Unión Soviética, y en las nuevas democracias, no patrocinan huelgas ni organizan sindicatos revolucionarios, etc.

El profesor Spitz sostiene que esta falta de unidad de acción y criterio pone a los comunistas fuera "de la línea" y por lo tanto, no merecen estar al lado de los hombres de izquierda.

En verdad, son ingenuas las afirmaciones del distinguido profesor norteamericano. Si un hombre trabaja en una fábrica como obrero y logra independizarse estableciendo una pequeña industria ¿podría exigírsele que en su industria guardara la conducta que observaba en la fábrica? Es lógico que no. En la fábrica, mientras trabajaba para su patrono, desearía trabajar ocho horas diarias, o menos en una semana de cinco días y en "su" industria, querrá trabajar todas las horas que pueda, incluso domingos y festivos. En la industria de su propiedad, no organizará sindicatos ni auspiciará huelgas, etc.

Sería absurdo exigirle al hombre de nuestro ejemplo que en respecto "a la continuidad de la línea" se comporte revolucionariamente en contra de sí mismo.

Es lógico también que los comunistas en la U.R.S.S. traten por todos los medios a su alcance de fortalecer y hacer progresar el Estado Socialista. Lucharon durante muchos años para construir la Patria del socialismo y lo lograron después de sacrificios que no tienen parangón en la gesta de los pueblos. ¿A quién se le puede ocurrir que a los forjadores de esta obra ciclópea de la historia humana se les pueda exigir, para conservar el título de "izquierdistas" que continúen haciendo gimnasia revolucionaria?

En la U.R.S.S. y en los países de las nuevas democracias, el pueblo sabe que está forjando su propio destino y no escatima en esta enorme tarea al servicio del Hombre, ninguna clase de esfuerzo ni sacrificio.

Debemos decir, por último, que no interesa saber quiénes son izquierdistas y quiénes no, pues lo único serio es averiguar quiénes están

por la liberación del pueblo del oprobio en que vive actualmente y quiénes son sus enemigos.

En los momentos actuales, sirven al pueblo y a la Humanidad los hombres que quieren la Paz y están contra él los que auspician la guerra.

¿De qué sirven los mejores anhelos al servicio de los trabajadores (disminución de horas de trabajo, aumento de salario, libertad, salud y cultura) si estalla esta guerra que está a las puertas de nuestros tiempos?

La Tercera Guerra Mundial que se prepara arrasaría con todas las conquistas que ha logrado el hombre en veinte siglos de la civilización cristiana y después de ella, destruidas las ciudades, las aldeas, las fábricas, las represas, los ferrocarriles, los caminos, las fuentes de producción y anegado el mundo en mares de sangre, de sudores y de lágrimas, carecería el hombre de los medios necesarios para nutrirse y gozar de la libertad, aunque los que salvaran de esta catástrofe trabajarán quince horas diarias a cambio de los gramos de ázoe y carbono estrictamente indispensables para el sostenimiento de la vida animal y renunciarán a todas las prerrogativas que les corresponden como seres racionales.

Eso es evidente. En consecuencia, hoy, sirven al pueblo y la Humanidad, los que luchan por la Paz y son sus enemigos, sus peores enemigos, los que auspician la guerra y los que nada hacen por impedirlo.

Izquierdistas y derechistas es una división trasnochada.

El profesor Spitz, empieza su artículo diciendo: "Uno de los fenómenos deprimentes de la Historia es la tenacidad con que la gente se aferra a las etiquetas largo tiempo después de haber éstas cambiado su significado".

Spitz incurre en el mismo error que él fustiga.

Pacifistas y guerreros son los que deben ocupar la diestra y la siniestra del pueblo.

Julio SALCEDO C.

Santiago de Chile, abril del año 1951.



Índice del volumen XVI de BABEL

(Números 57, 58, 59 y 60)

ALDANO, Mario / <i>Memoria</i>	193
AMSTER, Mauricio / <i>Dibujo de Sanín Cano</i>	104
ARAQUISTAIN, Luis / <i>Un filósofo de la risa</i>	157
ARCINIEGAS, Germán / <i>Sobre los idiomas</i>	52
<i>Sanín Cano, humorista</i>	143
BARRETT, William / <i>La resistencia de las pequeñas revistas</i>	90
BLANCH, Hortensia / <i>La digestión de la boa</i>	86
CAMUS, Albert / <i>Diálogo en defensa del diálogo</i>	5
CAPDEVILA, Arturo / <i>Un abuelo de pueblos</i>	97
DIEZ, Lain / <i>En un 1º de Mayo</i>	57
ESPINOZA, Enrique / <i>Colonialismo espiritual</i>	29
<i>La torre de Babel</i>	47
<i>Añoso, perspicaz, sereno</i>	151
<i>Un caso de injerto social: Daniel de León</i>	194
FIJTO, François / <i>Marx y Heine</i>	62
FRANCO, Luis / <i>Presencia de Hudson</i>	51
<i>La piedad y la lucha en Horacio Quiroga</i>	188
FRANK, Waldo / <i>Baldomero Sanín Cano</i>	95
GIDE, André / <i>Las influencias en la literatura</i>	35
GONZÁLEZ, VERA / <i>El rabino Benjamín</i>	9
<i>Manuel Rojas</i>	164
HURTADO, Leopoldo / <i>Difteria en el rancho</i>	70
<i>Defensa del hombre</i>	185
LABRADOR RUIZ, Enrique / <i>Arte y oficio</i>	177
MONTENEGRO, Ernesto / <i>Periodismo y universalidad</i>	99
<i>Responso por Babel</i>	159
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel / <i>Los Poemas Solariegos de Lugones</i>	191
MUNSON, Gorham / <i>Lo auténtico</i>	12

PICÓN SALAS, Mariano / <i>Don Baldomero</i>	148
ROJAS, Manuel / <i>Páginas excluidas de Hijo de ladrón</i>	170
SALCEDO, Julio / <i>Suplemento polémico</i>	199
SANÍN CANO, B. / <i>Páginas escogidas</i>	105
SENDER, Ramón J. / <i>El crepúsculo</i>	180
SOTO, Fausto / <i>Clarín del día</i>	17
SPITZ, David / <i>Los comunistas y la izquierda</i>	18



UN EPITAFIO EN VERSO, AMIGOS, QUIERO
 PARA ESTA TORRE QUE YO MISMO HE SIDO;
 SIENTO QUE CON SU MUERTE UN POCO MUERO,
 COMO CON CADA COMPAÑERO IDO...

e. e.

Editorial Jurídica de Chile

FORMADA POR LA FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES
 DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y POR LA
 BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL

LIBROS DE DERECHO

*Colecciones de la Facultad de Ciencias Jurídicas y
 Sociales de la Universidad de Chile*

1.ª COLECCION DE MANUALES JURIDICOS

- | | | |
|--|--|--|
| N.º 1. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por J. Raimundo del Río C. \$ 60 | N.º 11. <i>Manual de Derecho Procesal</i> , (Teoría) por Manuel Urrutia \$ 110 | N.º 22. <i>Manual de Derecho Civil</i> , Tomo III, por Victorio Pescio \$ 150 |
| N.º 2. <i>Manual de Derecho de Minería</i> , por Armando Uribe Herrera \$ 90 | N.º 12. <i>Manual de Derecho Canónico</i> , por Carlos Hamilton \$ 125 | N.º 23. <i>Manual de Derecho Civil (De las Obligaciones)</i> , por Ramón Meza Barros \$ 180 |
| N.º 3. <i>Manual de Derecho Civil</i> . Tomo I (Título preliminar del Código Civil), por Victorio Pescio \$ 90 | N.º 13. <i>Manual de Derecho del Trabajo</i> , por Alfredo Gaete Berríos. \$ 105 | N.os 24.-25. <i>Manual de Derecho Procesal Orgánico</i> , por Mario Casarino Viterbo (Prof. del ramo de la Escuela de Derecho de Valparaíso), 2 vols. \$ 290 |
| N.º 4. <i>Manual de Derecho Penal</i> , por Gustavo Labatut Glenda. (Agotado) | N.º 14. <i>Manual de Seguridad Social</i> , por Alfredo Gaete e Inés Santana \$ 60 | N.º 26. <i>Manual de Organización y Atribuciones de los Tribunales</i> , por Jaime Galté Carré (Profesor de Derecho Procesal de la Universidad de Chile) . . \$ 190 |
| N.º 5. <i>Manual de Derecho Civil</i> . Tomo II (Teoría general de la prueba y teoría general de los actos jurídicos) por Victorio Pescio \$ 140 | N.º 15. <i>Manual de Técnica de la Investigación Jurídico-Social</i> , por Aníbal Bascuñán Valdés. \$ 135 | N.º 27. <i>Manual de Derecho Financiero</i> , por Enrique Piedrabuena \$ 190 |
| N.º 6. <i>Manual de Derecho Procesal Penal</i> , por Osvaldo López. \$ 110 | N.º 16. <i>Manual de Procedimiento Civil (Recursos Procesales)</i> , por Alejandro Espinoza Solís de Ovarado. (Agotado). | N.º 28. <i>Manual de Derecho Constitucional</i> , por Gabriel Amunátegui \$ 190 |
| N.º 7. <i>Manual de Derecho Administrativo</i> , por Manuel Jara Cristi . . \$ 85 | N.º 17. <i>Manual de Procedimiento Civil (Juicio Ejecutivo)</i> por Raúl Espinoza. (Agotado). | N.º 29. <i>Manual de Derecho Comercial</i> , tomo 1.º por Julio Olavarría \$ 180 |
| N.º 8. <i>Manual de Medicina Legal</i> , por Samuel Gajardo \$ 50 | N.os 18 - 19. <i>Manual de Derecho Romano</i> , 2 tomos por Francisco Jorquera \$ 340 | N.º 30. Tomo 2.º Id. \$ 200 |
| N.º 9. <i>Manual de Criminalística</i> , por el Dr. Luis Sandoval \$ 155 | N.os 20 - 21. <i>Manual de Medicina Legal</i> , por Luis Cou- | |

- N.º 31. Tomo 3.º Id. \$ 220
- N.º 32. *Manual de Derecho Internacional Privado*, por Fernando Albónico. Tomo 1.º \$ 170
- N.º 33. Tomo 2.º Id. \$ 200
- N.º 34. *Manual del Abogado*, recopilación de Carlos Estévez G. \$ 120
- N.º 35. *Manual de De-*

- recho Aéreo*, por Eduardo Hamilton..... \$ 250
- N.º 36. *Manual de Sociología*, por Samuel Gajardo \$ 230
- N.º 37. *Manual de Derecho Constitucional*, por Mario Bernaschina (Profesor del ramo en la Universidad de Chile), tomo 1.º \$ 250

EN PRENSA

- N.º 43. *Manual de Derecho Procesal*, tomo 3.º, por Mario Casarino.
- N.º 44. *Manual de Derecho Civil*, to-

- mo 4.º (De la copropiedad, de la propiedad horizontal y de la posesión), por Victorio Pescio.

2.ª COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS Y SOCIALES

- N.º 1. *El Mandato Civil*, por David Sttichkin..... \$ 470
- N.º 2. *Derecho Procesal del Trabajo*, por Alfredo Gaete y Hugo Pereira..... \$ 360
- N.º 3. *El problema histórico del trabajo*, por Gustavo Lagos Matus..... \$ 300
- N.º 4. *Derecho Tributario (Ley de Impuestos sobre la renta)*, por Alvaro Rencoret \$ 280
- N.º 5-6. *Indivisión y Partición*, por Manuel Somarriva Undurraga. 2 tomos..... \$ 600
- N.º 7. *Panorama del Derecho Social Chileno*, por Francisco Walker Linares..... \$ 180
- N.º 8. *Derecho del Trabajo Americano*, por María Alvarado y Ariaselva Ruz, con prólogo de D. Luis Barriga.... \$ 180

- N.º 9. *Derecho Internacional Privado (Parte General)*, por Federico Duncker B..... \$ 380
- N.º 10. *Errázuriz Zañartu. Su vida*, por Alfonso Bulnes.... \$ 390
- N.º 11. *Accidentes del Trabajo en enfermedades profesionales*, por Alfredo Gaete Berríos y Exequiel Figueroa Araya... \$ 230
- N.º 12. *Regímenes políticos*, por Gabriel Amunátegui Jordán (en prensa).
- N.º 13. *Introducción a la teoría de la Norma Jurídica y la Teoría de la Institución*, por Jorge Iván Hübner Gallo... \$ 300
- N.º 14. *El Conde de la Conquista*, por Jaime Eyzaguirre \$ 180
- N.º 15. *Derecho Penal (Parte General)*. Tomo 1.º, por Gustavo Labatut Glena.... \$ 370

EN PRENSA

- N.º 16. *La Constitución de 1925 y la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile.*

- Imperio Bizantino (395 - 1204). Historia, Cultura y Derecho*, por Fotios Mallero.

3.ª COLECCION DE APUNTES DE CLASE

- N.º 1. *Derecho Internacional Público*, por Ernesto Barros Jarpa. (Agotado).

- N.º 2. *Procedimiento Civil (Juicios Especiales)*, por Carlos Alberto Stoehrel y Mario Muñoz Salazar. (Agotado).

- N.º 38 Tomo 2.º id. \$ 260
- N.º 39-40. *Manual de Derecho Civil* (De las fuentes de las obligaciones) dos tomos, por Ramón Meza Barros \$ 410
- N.º 41-42. *Manual de Introducción a las Ciencias Jurídicas y Sociales*, 2 tomos, por Adolfo Carvallo \$ 350

- N.º 45. *Manual de Historia Constitucional de Chile*, por Fernando Campos Harriet.

- N.º 3. *Historia Constitucional de Chile*, por Julio Heise... \$ 150
- N.º 4. *Política Económica*, por Felipe Herrera..... \$ 240

- N.º 5. *Procedimiento Civil* (Juicio Ordinario de Mayor Cuantía) por Ignacio Rodríguez Pápic..... \$ 140

4.ª COLECCION DE MEMORIAS DE LICENCIADOS

- Volumen I. «Derecho del Trabajo»* \$ 420

- A.—«El obrero y el empleado ante la legislación social chilena», por Mario Ruz.

- B.—«Estudio teórico y práctico de las leyes de mejoramiento económico de los empleados particulares» (Leyes 6.020, 7.064 y 7.280, refundidas en la N.º 7.295), por Manuel Martínez.

- C.—«Régimen jurídico de los deportistas profesionales», por Humberto Cuadra.

- D.—«El Sindicato profesional», por Héctor Téllez.

- E.—«La Caja de Retiro y Montepío de las Fuerzas de la Defensa Nacional», por Rigoberto Jamett.
- F.—«El fuero del trabajo español», por Osvaldo Fuenzalida.

- Volumen II. «Derecho del Trabajo»* \$ 375

- A.—«La NU. y la organización internacional del trabajo», por Rolando Laermann.

- B.—«Vigésima novena conferencia internacional del trabajo», por Laura García.

- C.—«El problema de la plenitud del

- empleo ante las conferencias internacionales del trabajo de postguerra», por Humberto Valenzuela.

- D.—«La evolución de la seguridad social», por Boris Acharán.

- E.—«Interpretación y Aplicación que la Caja de Seguro Obligatorio ha dado a los beneficios que concede la Ley 4054», por Juan Frontaura.

- F.—«Situación económica social del personal ferroviario», por Raúl Vásquez.

- Volumen III. «Derecho Industrial y Agrícola»* \$ 440

- A.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Mario Silva.

- B.—«Régimen legal de las aguas en Chile», por Luis Karque.

- C.—«Comentario y breve estudio crítico del Código de Aguas», por Sofía Sack.

- D.—«Naturaleza jurídica de las cooperativas y en especial de las cooperativas agrícolas», por Jorge Kalwaser.

- E.—«Las cooperativas agrícolas», por Raúl Franco.

- F.—«De la instalación y funcionamiento

- de industrias, bajo el punto de vista legal», por Jorge Ferdmann.

- G.—«Marcas Comerciales», por Jorge Farah.

- Volumen IV. «Ciencias Económicas»* \$ 375

- A.—«El Consejo Nacional de Economía», por Mario Sepúlveda P.

- B.—«Coordinación de los medios de transporte en Chile», por Ramiro Contreras Lara.

- C.—«Chile y Perú a través de su producción económica», por Alejandro Runco González.

- D.—«Chiloé económico», por Arnoldo Santana Bahamondes.

- E.—«Los problemas de la alimentación y los acuerdos de Hot Springs», por José Musalem S.

- Volumen V. «Ciencias Económicas»* \$ 330

- A.—«La Caja de la Habitación y las Empresas Industriales, Mineras y Salitreras en la solución del problema de la vivienda», por Hernán Escalona.

- B.—«El problema de la carne en Chile», por Mario Bustamante P.

- C.—«Industria del arroz en Chile y sus proyecciones económicas», por Hugo Olate Vásquez.
- D.—«Industria química pesada en Chile y sus posibilidades», por René Vega Muñoz.
- E.—«La alimentación y la agricultura ante la Comisión Económica para América Latina», por Osvaldo Vásquez.
- F.—«Evolución del Concepto del Dinero», por Juan Morizón Leclerc.
- Volumen VI. «Historia del Derecho» \$ 300*
- A.—«El Ministerio Público en el Derecho Indiano», por Elena Rebolledo Madrid.
- B.—«Esquema del Derecho Penal Militar Indiano y su Jurisprudencia Chilena», por Pedro Toledo Sánchez.
- C.—«Esquema del Derecho de Minas en Chile Colonial», por Gustavo Rochefort Ernt.
- Volumen VII «Medicina Legal» \$ 300*
- A.—«Estudio de la personalidad de mujeres delincuentes y de diversos grupos de mujeres que no han estado en conflicto con la justicia en Chile», por Loreley Friedman Volosky.
- B.—«Psicoanálisis y Criminalidad», por Juan Salfatte Araya.
- C.—«Responsabilidad penal del delirante alcohólico», por Mario Rojas Cervera.
- D.—«Estudio sobre la fuerza psíquica como causal de irresponsabilidad en materia penal y civil», por César Frigerio Castaldi.
- E.—«Las oligofrenias como determinantes de la delincuencia», por Elsa Fuentes Rodríguez.
- Volumen VIII. «Ciencias Económicas» \$ 350*
- A.—«La Inflación», por Mario Mosquera y César Serani.
- B.—«El impuesto a la cifra de negocios», por Claudio Cifuentes Betancourt.
- C.—«La Marina Mercante Nacional y el Crédito Naviero», por Juana Vodnizza.
- D.—«La industria de la betarraga azucarera y sus posibilidades económicas», por Fernando Le-Bert Sotomayor.
- E.—«Influencia de la Educación Primaria en la Economía», por Lidia Valenzuela G.
- F.—«Régimen impositivo de los Bienes Raíces», por Rafael Le-Bert Espinoza.
- Volumen IX. «Derecho del Trabajo» \$ 390*
- A.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del Trabajo de Chile y Costa Rica», por Fernando Rayo P.
- B.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Santo Domingo», por Luis Parada Dagnino.
- C.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Guatemala», por Juan Latife.
- D.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Perú», por Martín Molina Pérez de Valenzuela.
- E.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Brasil», por Luis Díaz Barbieri.
- F.—«Breve estudio comparativo de las legislaciones del trabajo de Chile y Uruguay», por María Luisa Aichele Hohmann.
- Volumen X. «Derecho del Trabajo» \$ 350*
- A.—«La Ley N° 6.174 de Medicina Preventiva y el Servicio Médico Nacional de Empleados», por René Musalem Giacmán.
- B.—«La Ley de Previsión para los Abogados», por Jorge Magaña N.
- C.—«La Caja Bancaria de Pensiones», por Raúl Gutiérrez Varas.
- D.—«El despido colectivo de más de diez asalariados», por René Argandoña Olivares.
- E.—«El problema del salario en Chile», por Clodomiro Madariaga E.
- F.—«La Organización Internacional del Trabajo. Su importancia en la Política Social moderna y la legislación nacional», por Porfirio Torres Muñoz.
- Volumen XI «Derecho Civil» \$ 330*
- A.—«Síntesis de las teorías sobre la posesión», por Mariano Salas Araya.
- B.—«El contrato de promesa ante la jurisprudencia», por Ignacio Gurruchaga Gurruchaga.
- C.—«De los efectos de la adopción. Derecho chileno comparado», por Jorge Manushevich.
- D.—«El matrimonio en el Código Civil peruano», por Abraham Ulloa.
- E.—«Sociedad conyugal en el Código Civil argentino», por Héctor Espejo.
- Volumen XII. «Derecho Procesal Civil» \$ 320*
- A.—«Del juicio ordinario de mayor cuantía», por Ignacio Rodríguez Papic.
- B.—«La demanda y su ampliación», por Alvaro Barrios.
- C.—«Los plazos en el Procedimiento Civil», por Régulo Agurto.
- D.—«Aspecto procesal de la Ley de Impuesto a la Renta», por Fernando Silva Bravo.
- Volumen XIII «Ciencias Económicas» \$ 385*
- A.—«El comercio de compensación y los tratados internacionales», por Eduardo Delfín Rojas.
- B.—«La Caja de Colonización Agrícola», por Edmundo Vilensky.
- C.—«Proyecciones del Tratado de Lima de 1929, en las relaciones económicas entre Chile y el Perú», por Hernán Gutiérrez L.
- D.—«Del impuesto territorial en Chile, Argentina y otras legislaciones», por Gil Darrigrandi.
- E.—«El Ministerio de Agricultura y la política agraria», por Adela Manquilef.
- F.—«El estudio de la evolución de la deuda externa en Argentina y su comparación con la deuda pública en Chile», por Olimpia Schneider.
- Volumen XIV. «Derecho de Minería» \$ 400*
- A.—«Del objeto de la propiedad minera», por Juan Hamilton.
- B.—«De las sustancias minerales reservadas al Estado», por Carlos López Hernández.
- C.—«De la naturaleza jurídica de la concesión carbonífera submarina o situación de las playas marítimas y mar adyacente», por Aquiles Vergara Rodríguez.
- D.—«Estudio de legislación Comparada. Legislaciones chilena y argentina», por Carlos Cruzat Paul.
- E.—«Estudio comparativo de los Títulos II, III, VII y VIII del Código de Minería Chileno, concordado con el Código de Minería de la República Argentina», por Jorge Meléndez Amunátegui.
- F.—«Legislación comparada chilena-argentina, títulos IX, X, XI, XIII y XIV del Código de Minas Chileno», por Javier Sierra Infante.
- Volumen XV «Ciencias Económicas» \$ 415*
- A.—«La enseñanza industrial en relación con la economía nacional», por Octavio Azócar.
- B.—«Los gravámenes aduaneros - portuarios y su liquidación», por Enrique Terrazas.
- C.—«La ley de impuesto a la renta, jurisprudencia y modificaciones», por Jaime Valdívieso.

D.—«Concepto de renta, utilidad y aumento de capital en la ley de impuesto a la renta», por Javier Cristi y Diego Barros.

E.—«El Comisariato y algunas de sus intervenciones», por Sergio Merino.

F.—«El cooperativismo en Chile», por Raúl Videla.

Volumen XVI. «Derecho Comercial» \$ 515

A.—«Comentario al Mensaje del Código de Comercio», por Sergio Villar.

B.—«El cheque y su legislación», por Luis Gmo. Vásquez.

C.—«De los seguros aéreos», por Javier Vargas.

D.—«Tratado práctico de las quiebras», por Orlando Budnevich Braun.

E.—«Jurisprudencia sobre la ley de quiebras», por Juan Alfredo Harrison.

Volumen XVII. «Derecho Penal» \$ 320

OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL

Jurisprudencia Administrativa de las sociedades anónimas, por Hernán Castro Ossandón \$ 175

La Partición de Bienes, por Pedro Lira Urquieta ... \$ 90

La Partición de Bienes, por Marcos Silva

Código de Aguas y leyes anexas. Edición oficial 1951, con el nuevo texto refundido que contiene las últimas modificaciones \$ 80.

Proximamente: Nueva edición de la Colección de Códigos

Despachos a provincias contra reembolso

EDITORIAL JURIDICA DE CHILE

Santo Domingo 1382 — SANTIAGO — Casilla 4256. Teléfono 74923

A.—«Recuperación social de adolescentes encautados o condenados», por Ramón Pinochet.

B.—«La preterintención en la doctrina, en la Legislación y en la Jurisprudencia» por Georgina Nakanihi.

C.—«La responsabilidad penal del empleado público», por Manuel Sapiañ.

D.—«La intención dolosa de la víctima en el delito de estafa», por Ricardo Santander.

Volumen XVIII. «Derecho Internacional Privado» \$ 360

A.—«El Derecho Internacional Privado en Chile (Historia Legislativa)», por Carlos Andrade.

B.—«El Jus Soli», por René Sánchez Montes.

C.—«La naturalización colectiva en el Derecho Internacional Privado y ante la Legisla-

Bascañán .. \$ 160

Instituciones de Derecho Minero Chileno, 2 tomos, por Julio Ruiz Bourgeois \$ 400

El Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en Chile, por Moisés Poblete

CODIGO DE AGUAS

ción Chilena», por Blanca Torres.

D.—«Principios de Derecho Procesal Internacional», por Carmen Torres.

E.—«La extradición y los delitos», por Héctor Franco.

F.—«La doble imposición internacional», por Marta Castro.

Volumen XIX. «Derecho Internacional Público» \$ 470

A.—«El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas», por Eliana Bronfman.

B.—«Organización de los Estados Americanos», por René Rojas Galdames.

C.—«La institución diplomática», por Jaime Peralta.

D.—«Historia diplomática de la cuestión de Tacna y Arica», por Jaime de la Lastra.

Volumen XX. «Historia del Derecho»,

«Derecho Procesal Italiano», por Jorge Corvalán y Vicente Castillo.

JURIDICA Troncoso .. \$ 180

Elementos de Derecho Constitucional chileno, por Carlos Estévez Gazmuri \$ 270

Compendio alfabético de la legislación social chilena, por Juan Díaz Salas. \$ 160

Optica
MAIER
OPTICO AUTORIZADO
*se despachan
recetas de los médicos
oculistas*

Agustinas 853, entre
Estado y San Antonio
SANTIAGO
Tel. 31145 Casilla 4143

“Jemmy Button”

Novela

por BENJAMIN SUBERCASEAUX

Esta grandiosa novela marcará en nuestra literatura el término de una época y el comienzo de otra. Hasta hoy, los novelistas chilenos se mantuvieron apegados a lo criollo y local. “Jemmy Button” invade con ímpetu el vasto horizonte de lo universal, en un magnífico esfuerzo que ya la crítica proclama plenamente logrado.

Sus páginas, animadas por un sostenido soplo de vitalidad, nos hacen vivir una aventura marítima y nos ponen en contacto con una interesante experiencia humana, la tentativa civilizadora de Fitz-Roy, que permite al autor deslumbrarnos con brillantes elucubraciones sobre nuestra naturaleza, nuestros instintos y nuestro destino.

Un volumen encuadernado. \$ 400.—

Enviamos contra reembolso

EMPRESA ERCILLA, S.A.

Agustinas 1639, Fono 62225, Cas. 63-D

T R A B A J O
Y ESTUDIE

EN LA

“UNIVERSIDAD
POPULAR
VALENTIN LETELIER”

QUE LE BRINDA
LA OPORTUNIDAD QUE
UD. DESEA

Haga su consulta a:

CARRERA 86, TELEFONO 88477
SANTIAGO

R E P A R E
SUS MOTORES
ELECTRICOS

EN

SAN DIEGO
15

Israel Friedmann

DR. S. TANNENBAUM B.
LABORATORIO
CLINICO

Exámenes completos de orina, Jugo Gástrico y Duodenal, Desgarro, Depositiones, Líquidos Patológicos, etc., etc. Reacciones de Weinberg, Wassermann, Kahn, Líquido Céfalo Raquídeo, etc., etc. Exámenes químicos de sangre: Urea, Glicemia, Acido Urico, Pruebas Hepáticas, Renales, etc., Sección Hematológica completa, Sección completa de Bacteriología: Widal Paratífus, Difteria, etc., etc. Sección Anatomía Patológica e Histopatológica.

* * *

PLAZA BULNES (NATANIEL) 31
Teléfono 65626, Casilla 615, Santiago



NO NECESITA AZUCAR
NI HUEVOS

PIDALO EN TODOS LOS
ALMACENES

Cristal
YUNGAY
Créditos

ESTADO 167

HILADOS
FINOS DE ALGODON
Y S.P.U.N-RAYON

COMPANIA
TEXTIL ANDINA
S. A.

Teléfono 50036 - Stgo.

El acero nacional determinará
el florecimiento de nuestros
astilleros, la producción de
maquinaria agrícola en la esca-
la que se necesite y la eman-
cipación de nuestra industria.

COMPANIA DE ACERO DEL PACIFICO

Distribuidores: CODINA

COPEC

SODIMAC

SEGECO

ROPAS
RUDDOFF

*El sello de
Distinción
conocido en todas partes*

SALVADOR SANFUENTES 2853

NI AL HACER TRAJES NI
AL LEGISLAR PROCEDE EL
HOMBRE SIMPLEMENTE POR
AZAR, Y SU MANO VA SIEM-
PRE GUIADA POR MISTERIO-
SAS OPERACIONES DEL ESPÍ-
RITU. EN TODAS SUS MODAS
Y TRABAJOS PREPARATORIOS
SE ENCONTRARÁ ESCONDIDA
UNA IDEA ARQUITECTÓNICA;
SU CUERPO Y SU TRAJE SON
EL SITIO Y LOS MATERIALES
EN EL CUAL Y CON LOS
CUALES HA DE EDIFICARSE
EL EDIFICIO EMBELLECIDO
DE SU PERSONA.

CARLYLE / Sartor Resartus



ROPAS
Ruddoff

SUCURSALES: SANTIAGO - VALPARAÍSO Y CONCEPCIÓN

Precio del ejemplar \$ 50 m/ch.

Editorial Universitaria, S. A.